

HEROE PELIGROSO



PETER DEBRY


[redacted]


LARRY
MORTIMER
SONIA
LASSEN



PETER DEBRY

HEROE PELIGROSO

SERVICIO SECRETO n.º 858
Publicación semanal
Aparece los MIERCOLES

EDITORIAL BRUGUERA, S. A.
BARCELONA
BOGOTA
BUENOS AIRES
CARACAS
MEXICO
RIO DE JANEIRO



Depósito Legal B 32.971 - 1966
Printed in Spain - Impreso en España

1ª edición: enero 1967

Impreso en los Talleres Gráficos de Editorial Bruguera, S. A.
Mora la Nueva, 2 - Barcelona - 1966

CAPÍTULO PRIMERO

Las sensaciones puramente animales las percibía plenamente. Y podía proyectar sobre su pantalla cerebral los trastornos físicos que había atravesado desde el momento en que surgió aquel inmenso volcán.

Un volcán que convirtió la jungla en un dantesco crepitar de cohetes, llamas y explosiones.

Desde aquel mismo momento, en que parecieron aunarse con salvaje frenesí todas las potencias destructoras imaginadas por el hombre, recordaba perfectamente cuanto le había sucedido.

Los aviones en vuelo rasante, bramando con férreos aullidos, embestían las baterías artilleras, mientras los lanzaminas, los morteros y los cohetes en quíntupla latigazo, azotaban cielo y tierra.

Y ellos, los grotescos hombrecitos, corrían de un lado a otro. Cuando se truncaba su carrera, quedaban esparcidos en extrañas posturas. Como peleles de serrín sembrados por la jungla calcinada.

La loma más próxima era una gigantesca pavesa, y él corría siempre hacia lo alto. Ésta había sido la orden recibida. Coronar la cumbre de aquella solitaria elevación.

No es que a él le importasen mucho las órdenes, pero en aquel infierno tuvo un atisbo de sensatez instintiva.

Pretender buscar un escondite era absurdo. La paradójica salvación radicaba en continuar corriendo hacia lo alto, hacia el cráter mismo del volcán.

Escalar la cumbre donde aquellos seres de faz mongólica, entre los luminosos chorros de los lanzallamas, adquirían súbitamente proporciones diabólicas.

Cuanto antes llegase a lo alto, antes terminaría aquella maldita carrera de obstáculos, en que no sabía si tropezaba con cadáveres que, poco antes, en pie, aguardaban con él dentro de unas zanjas, o tropezaba con restos al rojo vivo de maquinaria destrozada.

Tenía que terminar lo antes posible con aquella pesadilla viviente. Y por esta razón, disparaba, se revolvía como una bestia enloquecida, dando culatazos, patadas y hasta mordiscos.

Hacía ya minutos que había arrojado su última granada. Hacía segundos que había perdido contacto con los de su pelotón.

Pero seguía avanzando, hasta que creyó que un fotógrafo suicida le quería retratar en primer plano sensacional, iluminándole en blanco resplandor con el repentino fogonazo de un *flash*.

Sintió en la boca un sabor terroso, pero hasta la tierra de aquella maldita colina estaba impregnada de pólvora.

Después, una calma absoluta invadió su fatigado cuerpo.

Los pulmones ya no le resollaban, al borde del estallido, su garganta no le escocía y los músculos no estaban tensos como cuerdas de violín.

Empezó a mecerse y le constaba que se había separado de la tierra. Lo que se movía, adherido a su espina dorsal, era una camilla. La deducción era sencilla.

Estaba herido y lo transportaban al primer puesto de urgencia. No… trataban mucho mejor todavía. Como a los heridos con suerte.

Porque aquel ascensor en que se elevaba era un helicóptero.

No había ascensores en la jungla del Vietnam.

Seguía sin ver nada. Tenía sobre el rostro un lienzo refrescante. Resultaba muy agradable dormitar a ratos.

Después, volvieron a mecerle, pero con los pies más altos que la cabeza.

Y oyó el lúgubre quejido de la sirena. Un barco-hospital. Y de nuevo, la calma más absoluta. Alguien a su lado dijo:

—Se portó como un jabato, sargento Mortimer. Todo un héroe.

Magnífico. Resultaba, pues, que el sargento Larry Mortimer era todo un héroe. ¿Por qué? Porque corrió frenéticamente hacia lo alto de una loma.

Notó un alfilerazo en la base de la columna vertebral. Unas manos firmes le habían obligado a sentarse. Siempre con la cara tapada por aquel lienzo refrescante.

Una inyección raquídea. Le anestesiaban, y se durmió con enorme satisfacción.

No supo cuándo empezó a hacer el resumen. Pero ya se daba físicamente cuenta de que el sargento Larry Mortimer, corriendo

hacia el cráter, había sido herido.

Que desde una camilla pasó a un helicóptero, y de éste a un «*jeep*», desde el cual le subieron a uno de los blanquísimos barcos-hospital.

¿A cuál de ellos? ¿Al que anclaba permanentemente, sin moverse de las quietas aguas inviolables de la bahía amparada por grandes banderas de la Cruz Roja Internacional?

¿Al que llevaba los heridos al campamento clínico de convalecencia, instalado en una islita muy al sur?

O tal vez… al que devolvía mutilados a su lugar de origen.

Le parecía que llevaba muchos días amodorrado, siendo atendido en todos sus deseos físicos por gente muy amable. ¿Lo devolvían a San Francisco, su ciudad natal?

Sentía un incomprensible recelo a la idea de regresar… Pero no era esto lo que le atormentaba. Ya sabría componérselas, si por azares de la guerra, volvía a Frisco.

Lo horrible era que, por más que se esforzaba, no tenía la menor idea de cuál había sido la existencia de Larry Mortimer antes de aquel fugaz momento en que los oficiales hicieron la señal para abandonar las zanjas y empezar a correr, siempre hacia adelante.

Entre los labios acababan de colocarle de nuevo aquel tubo de cristal.

Aspiró por sí mismo, y una voz masculina comentó:

—Espléndido, sargento. Creo que ya está usted en condiciones de charlar un rato con el doctor Faraway. Voy a avisarle.

Por fin lo había conseguido. Había abierto los ojos, pero todo era negro frente a él, aunque por las sienes vislumbraba blancuras.

Y una extraña tirantez le tensaba toda la piel del rostro. Apoyó los codos y logró incorporarse. Quería ponerse en pie, porque toda su espalda, desde la nuca hasta el entronque de los glúteos, era un hormiguero.

Se giró a un lado, y al extremo de sus insensibles pies, tocó el suelo.

A tientas, buscó algo en qué asirse. Permaneció sentado, y una mano se apoyó en su hombro.

La voz que muchas veces oyó entre modorras y letargos, decía:

—No tenga tanta prisa, Mortimer. La colina ya ha sido tomada. Ahora tiene que irse readaptando. Soy el doctor Faraway. Me alegra

darle una buena noticia. Está usted camino de su hogar.

El herido se llevó una mano al rostro, palpando con recelo. El médico dejó oír su risa honda, profesionalmente tranquilizadora.

—No sea reservado, Mortimer. Usted pregúnteme sin el menor reparo. Para eso estoy aquí.

—No consigo ver con claridad. Todo muy turbio, *doc*.

—Gafas negras, Mortimer. Las tendrá que llevar por algún tiempo. Son simplemente gafas solares, para evitarle la refracción. No están graduadas, ya que sus ojos no han sufrido el menor daño, ni hay lesión óptica. Aleje, pues, todo temor. Volverá a ver estupendamente bien, al poco tiempo de llegar a su casa.

—¿Qué llevo aquí?

Con un dedo, el herido tocó sus sienes, sus pómulos y la parte alta de su nariz.

—Vulgar esparadrapo. Hace apenas dos horas, le hicimos la última cura. Tiene las suturas bien adheridas y ya no han de levantarse los apósitos hasta dentro de unos días. En su casa recibirán instrucciones para hacerlo, sin necesidad siquiera de un médico. Ha tenido una suerte increíble, Mortimer. Y Waltzin acertó. El hombre estaba muy contento de sí mismo.

—¿Waltzin?

—El cirujano estético. Le recompuso la carne magullada en una intervención admirable. No estaba usted desfigurado, ni mucho menos, pero se necesitaba una mano hábil. La de Waltzin. Había metralla incrustada y unas esquirlas de hueso. Pues bien, cuando en su casa le levanten los apósitos, se maravillará usted mismo. Casi no quedarán rastros de la operación. Naturalmente, ahora y por unos días, notará ciertas anomalías.

—Vaya que si las noto. ¿Qué diablos me pasa aquí dentro? —Y el convaleciente se dio una palmada sobre los negros cabellos, enredados y espesos.

De nuevo resonó la risa profesional, tranquilizadora y convencionalmente bonachona.

—A todos los heridos en la cabeza, aunque las lesiones sean únicamente faciales, les sucede lo mismo. Tardan en carburar, Mortimer. Y empiezan a suponerse que están locos o amnésicos. El cuerpo es un engranaje perfecto. Cada pieza está espléndidamente fabricada. Ahora bien, supóngase que un coche sufre un choque.

Alguna de las piezas, al quedar un poco abollada, entorpece el buen funcionamiento de las restantes. Pero usted, desde este garaje, pasará al mejor taller de reparaciones mentales. Su hogar, muchacho.

—Lo malo es que no recuerdo ni siquiera si tengo hogar, *doc*. No recuerdo nada. Nada en absoluto, salvo la colina reventada por todas partes.

—No se esfuerce en querer calentar el motor antes de tiempo. Todo volverá a funcionar normalmente, apenas pise el suelo hogareño. Usted es un robusto muchacho que se ha convertido en un héroe. Su familia se sentirá orgullosa de acogerle y mimarle. Y ahora, basta de charla. Vuelva a tenderse y piense que ya queda menos. Un poco de paciencia y le funcionará normalmente toda la máquina.

—Creo que empiezo a ver algo, *doc*.

—Las gafas se las quitarán al mismo tiempo que esta especie de antifaz blanco. Las pupilas deben ir acostumbrándose de nuevo a la luz, porque sufrieron un deslumbramiento debido a la cercana explosión de la granada. Y no se mortifique pensando en locuras, amnesias y cegueras. Le doy mi palabra de honor como hombre y profesional, que no le estoy mintiendo, Mortimer. Antes de una semana, estará usted plenamente normal.

—Si estoy normal, ¿por qué me devuelven a casa?

—Contaba con la pregunta. Vamos progresando, Larry. Le devuelven a su casa por dos razones sencillísimas. La primera uso y disfrute de una licencia de convaleciente por un mes, y la segunda razón, es que dentro de ocho días termina su enrolamiento de dos años como voluntario. Más tarde, usted renovará su solicitud de ingreso o continuará en la vida civil, a su elección. Hasta luego, Larry.

Larry Mortimer se acomodó en la postura semitendida en que le dejó el médico. Comprendía, ahora, perfectamente, por qué no recordaba nada, salvo las sensaciones puramente animales e instintivas.

Era lo normal, afirmaba el doctor. Y era sincero en su juramento. Le devolvería la normalidad, la vuelta al hogar.

¿Su hogar? ¿Quiénes lo componían? Se extrañó, porque acababa de oír una ronca risa burlona.

Tendió el oído. No había nadie más que él en aquella habitación. Empezaba a vislumbrar contornos a través de los dos discos negros encajados entre las tiras de cinta adhesiva.

Un camarote pequeño, uno de tantos dormitorios del flotante hospital. Camarote de «distinguido»… Agradecía aquel aburrimiento solitario. No quería oír a nadie, hasta que no lograse poner orden en sus pensamientos.

Era él mismo quién había reído burlonamente, poco antes, al pensar en el hogar.

¿Por qué? ¿Por qué era tan salvaje, tan deshumanizado, que se reía de lo más sagrado, de la única verdad del mundo, el hogar nativo o el que uno se forja?

Se mordió los labios con furia, porque volvía a reírse cínicamente al crearse en la oscuridad cerebral de su mente la palabra «hogar». Era preferible pensar en algo que no le doliera. Algo que no despertase en él cínicas risitas estúpidas.

¿Pensar en algo? ¿En qué? No debía esforzarse. Pronto recuperaría la normal «carburación», había jurado el doctor Faraway.

Se durmió y su despertar fue físicamente agradable. Olía a café y a pan tostado. Y los discos negros le transparentaban la blanca silueta del enfermero.

—Buenos días, sargento. Ha dormido usted de un tirón y sin necesidad de sedantes. Será la proximidad de Frisco. Tiene usted más suerte que muchos de a bordo, ya que reside en el mismo puerto de llegada.

—Suerte que tiene uno. ¿Quieres traerme un espejo?

—Éste es el suyo, sargento. Le servirá. Lo tenía ya preparado sobre la mesita, y lo encontré en su propio equipaje.

El clásico espejo redondo, portable, fácil de suspender en cualquier sitio, con dos caras: la que devolvía el reflejo normalmente y la que lo aumentaba.

Ayudado por el enfermero, Larry Mortimer se sentó en el borde de la cama.

Tendió la mano hacia la taza de café, mientras conservaba en la zurda el espejo asido por el mango plegable, sin mirarse aún.

Prefería estar a solas, y debió comprenderlo así el enfermero, que abandonó la cabina.

Fue saboreando lentamente el café, sin añadirle leche. Mordió con apetito varias tostadas untuosas y crujientes. Continuaba empuñando el espejo, pero manteniéndolo sobre su muslo.

Debía ser estremecedor ir volviendo a la normalidad, recordar quién era, evocar su pasado… Se estremeció.

Era curioso que al pensar en aquel pasado, que no recordaba, no experimentaba la menor satisfacción, sino temor.

Eso era. Tenía miedo de recordar. ¿Miedo a qué y a quién? Dos nombres fueron escribiéndose letra por letra en la cinta cerebral, como los anuncios luminosos que telegrafiaban lejanas noticias:

«Teresa… Holden… Teresa Holden…».

Dos nombres muy claros, que iban constantemente desfilando por su cerebro lleno de nieblas.

¿Quién era Teresa Holden? ¿Por qué aquellos dos nombres le producían un escalofrío rencoroso, apasionado? Era preciso tener calma. Esperar con paciencia el regreso a la normalidad.

Alzó el espejo con repentino impulso.

Se destacaban los dos discos negros en aquel antifaz de blanco esparadrapo que le surcaba la parte superior del rostro, de patilla a patilla.

Un cabello muy negro, rizoso, espeso, enmarañado, como la barba, porque el pelo había crecido libremente, sin el menor toque de navaja.

Resultaba un mascarón, o también la verdadera imagen de un veterano combatiente. Un alistamiento de dos años, a punto de extinguirse, como voluntario para el Vietnam.

¿Qué se le había perdido a él en aquel conflicto incomprensible? ¿Cómo se le ocurrió alistarse voluntario?

«Teresa… Teresa Holden…».

De nuevo los dos nombres desfilando letra por letra, y apenas se dibujaba la última letra del apellido, surgía la primera del nombre. Se levantó permaneciendo unos instantes tambaleándose. Había visto los dos bastones cruzándose sobre el próximo sillón.

«Readaptarse». Empezó a pasear por el estrecho espacio, apoyándose con fuerza en los dos bastones, de codera auxiliar.

Era natural que estuviera un poco torpe, tres la prolongada estancia en la cama. Pero todo su sistema muscular respondía. Salvo la memoria del pasado, todo funcionaba bien.

Se detuvo erecto, crispado. Repetíase en su cerebro el apellido Holden, pero ahora no era el nombre femenino el que se anticipaba, sino un masculino. Y casi rechinó los dientes.

—Gavin, Gavin —silabeó entre las crispadas mandíbulas.

Un nombre que le producía ronquera y ardor en la garganta.

¡Gavin Holden! Ése era el hombre al que tenía que matar, porque era un cobarde «gangster». ¿«Gangter»? ¿Qué aspecto tenía Gavin Holden? Volvió a sentarse. El enfermero le había dicho que estaban ya casi avistando San Francisco, su ciudad natal, cuna también de la mayor parte del batallón que atacó aquella colina.

Y en San Francisco pronto sabría quién era y dónde estaba Gavin Holden.

Sabría también por qué dos apellidos, Holden, hombre y mujer, era todo lo que recordaba de su pasado el sargento Larry Mortimer.

Lo único que recordaba. Sólo dos nombres: Teresa y Gavin. Y un apellido común: Holden. Volvió a tenderse hacia atrás. No tenía siquiera ganas de hurgar en su macuto militar.

En su casa, los Mortimer, a los cuales no recordaba ni con la menor vaguedad, le irían ayudando a volver a le, normalidad.

Se durmió, y poco a poco, se sumió también en la densa niebla el doble chisporrotear del apellido, pero persistió el nombre de Gavin.

Un cobarde *gangster* al que tenía que matar.

CAPÍTULO II

—Dentro de media hora atracamos, Mortimer —anunció el doctor Faraway—. Ustedes tienen la preferencia y nadie les molestará. Las autoridades del puerto han dispuesto que un espacio quede reservado para los familiares de los gloriosos héroes que regresan. Y lo dicho, Larry Mortimer. Tómelo con calma, que yo le garantizo que pronto volverá a la perfecta normalidad. Además, sus familiares han recibido por correo aéreo las instrucciones pertinentes a su caso. He de atender a otros muchachos, Mortimer. Adiós, o hasta la vista y buena suerte.

Larry Mortimer estrechó la mano tendida. No necesitaba ya de los dos bastones y se aproximó al lavabo, en cuyo espejo se contempló, pasándose los dedos por la ensortijada barba.

Cogió unas tijeras y empezó a recortarse el áspero vello hirsuto, para facilitar el afeitado. Mientras se enjabonaba, volvió a meditar en su infructuoso registro del equipaje.

No había una sola fotografía, aparte la que contenía su carnet de identidad. Las señas eran las suyas: cabello negro, frente despejada, nariz recta, ojos azules. El color de sus pupilas, según diese la luz en los discos cristalinos, podía divisarlo: densamente azul.

Boca firme, mentón hendido, eso lo fue descubriendo el afeitado. Un incisivo derecho de oro lo exhibió un rictus burlón.

Francamente, no se gustaba a sí mismo el sargento Larry Mortimer. ¿Eran los dos años de guerra implacable los que le habían convertido en inhumano y cínico?

Se pasó el cepillo por los cabellos, tras vaporizarlos con brillantina.

En el saco de equipaje del sargento Mortimer no había cartas familiares ni femeninas. En cambio, no faltaban detalles demostrativos de que gustaba de acicalarse.

Vaporizador de brillantina, estuche de manicura, un traje de

seda gris, camisas de seda, ropa interior de excelente clase, zapatos de tafilete y corbatas de modelo caro.

Titubeó unos instantes. Era libre de usar ropa de paisano, con el distintivo de la condecoración «Al Valor Individual». Pero prefirió, sin saber la oscura razón, revestir el equipo militar de paseo.

Le quedaba bien la cazadora caqui, con la camisa y corbata del mismo color. Le daba aspecto romántico, a tono con el ambiente.

El barco transporte trepidaba en las últimas revoluciones de turbinas y bielas. Se oían músicas marciales, gritos alegres y disparos de fuegos artificiales.

Larry Mortimer se encogió de hombros. Volvía a su ciudad natal, su familia le esperaba y, sin embargo, sólo pensaba en que no volvería a sentir aprecio por nada, hasta que no hubiese matado a Gavin Rolden.

Por la cubierta a babor se apiñaban los pasajeros y en el entrepuente se alineaban las camillas, cuyos ocupantes trataban de adoptar un aire marcial.

Un espacio en el largo muelle ostentaba varias pancartas con la indicación «Reservado a familiares».

Larry Mortimer, con el saco a su lado, permaneció esperando mientras los primeros desembarcados, apenas tocaban tierra, corrían hacia el espacio reservado a familiares.

Algunos, apoyándose en muletas, otros en hombros de compañeros. Y se fundían en apretados abrazos, bañados los rostros en lágrimas de alegría.

Mortimer fue esperando a que se despejasen los grupos y entonces bajó lentamente. En el espacio reservado a familiares habían ya transportado las camillas.

Sólo había tres personas esperando. Dos mujeres y un hombre. Le miraban con evidente temor.

Eso era. Mientras se aproximaba, lo podía discernir perfectamente. Era temor la expresión que intentaban disimular los tres rostros.

Siguió avanzando, pausadamente. Aquellas dos mujeres no le suscitaban el menor sentimiento afectuoso. Y el individuo le inspiraba deseo de pegar.

Un tipo alto, corpulento, canoso, que tenía los rasgos achatados de un boxeador.

De su brazo se cogía una mujer pequeña, pero muy gruesa. Un poco apartada, permanecía una muchacha esbelta, trigueña, cuyos labios tenían un leve temblor.

Cuando Larry Mortimer distaba dos pasos del grupo, se detuvo. El desconocido, desprendiéndose del brazo de la mujer pequeña y gruesa, forzó un ademán cordial.

—Hola, Larry. Bienvenido. Hemos recibido la carta con las instrucciones del médico. Sabemos ya que todo ha ido bien, y que solamente se trata de que vuelvas a recordar.

La mujer pareció querer llorar, pero hipó agudamente:

—Esta máscara es impresionante, Larry.

Larry Mortimer miró a la muchacha. El desconocido apremió:

—Saluda a tu hermano, pronto, Jessica.

Jessica Mortimer inclinó la cabeza, bruscamente.

Larry Mortimer dejó que el fornido desconocido le cosiese el saco de equipaje. Masculló:

—Ya que habéis leído la carta del médico, es porque sois mi familia.

—Estarás bien atendido, Larry. Tu tía te aprecia mucho.

—¿Ésta es mi tía? —preguntó él, mordiendo las palabras.

—Rosa Mortimer, la hermana de tu madre que en paz descanse.

—Será ridículo, grotesco y desagradable, pero no tengo la menor idea de todo esto. Lo siento, Rosa.

Ella rió nerviosamente y señaló hacia un punto indefinido.

—Vamos al coche, Larry. El día es bueno, y llegaremos cómodamente a Pinar Nevado.

Las dos mujeres echaron a andar, atravesando grupos donde todo eran exclamaciones, bullicio, preguntas y bromas.

Larry Mortimer tocó con el codo en el costado del que le precedía en medio metro:

—Rosa es la hermana de mi madre y Jessica es mi hermana. Usted, ¿quién demonios es?

Fue visible el esfuerzo que el hombre tuvo que hacer para tratar de dar campechanía a su risa. Y en sus ojos pardos, huidizos, hubo de nuevo un temor insano, irreprimible.

—Soy el viejo Joe. El viejo Joe Mortimer. Tu padre, Larry.

Larry Mortimer sintió que algo en su garganta se contraía. Siguió andando en pos de aquel hombre que le inspiraba repulsión,

y que era su propio padre.

De aquellos tres desconocidos, solamente Jessica le resultaba soportable. Por lo menos, ella no estaba abyectamente asustada. ¿Asustada, de qué?

¿No volvían a ver a un familiar, que además era un héroe, como lo pregonaba la cintita blanquiazul bajo el redondo disquito áureo, en su pecho, «Al Valor Individual»?

El coche era un «Mercury» anticuado. Resto de serie. Tenía la parte de atrás trasformada. Convertible para transporte de carga.

Resultó curioso que solamente cuando se hubo sentado, comprobó Larry Mortimer que las dos mujeres estaban incómodas, instaladas en el asiento delantero, junto a Joe Mortimer, que puso en marcha.

Larry Mortimer, sentado atrás, solo, se abanicó con el gorro. Hacía calor. Junio asaltaba el asfalto de la gran urbe.

Reconocía los edificios, las Hill, el aéreo, la isla de Alcatraz. ¿Alcatraz? Mundialmente conocido. Alcatraz, el presidio. ¿Por qué al mirar la isla y su simétrica edificación achaparrada, se había estremecido?

El coche viró hacia el cruce del sur, atravesando Sunset District, dejando atrás, a su izquierda, el casco céntrico.

¿Pinar Nevado? Miró la nuca grácil, de cabellos color miel. La muchacha mantenía la cabeza erguida. Jessica Mortimer, su hermana. ¿Era posible que la contemplase sin experimentar nada fraterno?

Tenía que estar enfermo, mucho más de lo que suponía el doctor Faraway, o era un monstruo. No sentía el menor impulso de ternura. Ni tampoco ellos.

Era patente, casi opresivo. Y aquel silencio molesto, estaba impregnado de temor, henchido de recelo.

—Ésta es la carretera —anunció Joe Mortimer, innecesariamente, a la par que el coche penetraba por un ramal, señalado por un cartelón clavado en dos postes sesgados.

Era aquel silencio que pesaba y asfixiaba más que el calor, contra el cual quería luchar Joe Mortimer. Y no había dicho ni una sola vez lo normal: «Hijo».

También ahora se daba cuenta que ninguno de los cuatro inició el gesto natural de tender los brazos. Ni siquiera se habían

estrechado las manos.

El coche remontaba la carretera y las casas dejaban ya de ser conglomerados de pisos, para espaciarse. El paisaje era espléndido.

Apartó la vista, porque la isla de Alcatraz parecía fascinarle.

—Eres todo un héroe, Larry —rió falsamente el que conducía.

—Cállese, por favor —atajó Larry Mortimer, sin poderse contener.

La réplica fue incisiva. El conductor pareció aliviado, al, no de tener que hablar de cosas personales.

—Aquélla es la granja de Sarren. Este año vendrá. Piensan irse a residir a Los Ángeles. No era un mal vecino.

El coche se internó por un sendero sombreado en cuyo final se distinguían dos caserones típicamente granjeros.

—Nuestra casa, Larry. Podrás estar en ella todo el tiempo que quieras —dijo Joe Mortimer—. Te dejaremos completamente tranquilo, Larry, completamente.

Como si le prometiera discreción y guardarle un secreto. ¿O acaso creían que era el estilo apropiado para tratar a un amnésico?

El coche describió un viraje en el espacio de césped, deteniéndose ante uno de los barracones. De atrás, llegaban rumores de corral y establos.

Un sitio tranquilo, lejanas las demás casas. Rústico y casi agradable, a no ser por la extraña actitud de los Mortimer.

Joe Mortimer cogió el saco, y fue a dejarlo ante la puerta. Larry Mortimer hubiera querido decir algo a las dos mujeres, pero no sabía qué palabras emplear.

Permaneció unos instantes, mirándolas. La desconocida gruesa y nerviosa, más que hablar, casi chilló:

—¡Es impresionante esta máscara, Larry!

—Ya lo dijiste antes, tía Rosa —comentó Jessica, con ironía.

Larry Mortimer esbozó una sonrisa.

—¿Tú no me dices nada, Jessica?

—Juré una vez callarme para siempre, y cumplo.

—Me miras con rencor, Jessica. ¿Es que no eres mi hermanita?

—Bien le consta que es usted muy listo. Ha sabido encontrar otro de sus trucos. Amnesia, ahora. Le felicito, Larry.

—Una hermana que no me tutea, resulta raro, Jessica.

Joe Mortimer intervino rápidamente, como si aquella

observación de Larry contuviera una secreta amenaza.

—Es su modo de ser, Larry. Te da el «usted» cuando se enfada, ¿verdad, Jessica?

—Sí, papá —asintió ella dócilmente, crispadas las facciones.

Larry Mortimer, dando media vuelta, se encaminó hacia la puerta. La tocaba ya, cuando por encima del hombro pidió:

—Deme los papeles del médico, Joe.

El interpelado acudió sonriendo y tendió una carterita de hule. Con expresión obsequiosa, servil, anunció:

—Hewoa te atenderá en todo lo que mandes. Estás en tu casa, Larry. Estarás completamente tranquilo todo el tiempo que quieras.

Larry Mortimer entró. Un vestíbulo con mobiliario sin pintar, nuevo. A la derecha, un comedor salón y una cocina. A la izquierda, un cuarto de baño y una alcoba, en la que entró cerrando tras de sí.

Todo era nuevo, de tosco pino, sin pintar. Se sentó y, abriendo la carterita de hule, sacó varios oficios. La comunicación del heroico comportamiento del sargento Larry Mortimer, el primero en tomar por asalto una trinchera enemiga.

Su herida. El «*shock*» productor de una momentánea privación de la facultad de coordinar. La hábil operación del cirujano plástico, remplazando los tejidos quemados.

Sólo quedarían cicatrices apenas visibles, y el vendaje podía ser quitado el 13 de junio. Las gafas eran para evitar la refracción de la luz, y también podían ser abandónalas el 13 de junio.

Se recomendaba encarecidamente a la familia del héroe que lo tratara con naturalidad, sin extrañarse por sus olvidos y falta de memoria, fenómenos transitorios de poca duración.

El primero de julio, salvo complicaciones, debería presentarse al Centro Clínico de Richmond. Para cualquier consulta, apuntaban el teléfono a cuya llamada acudiría, al instante, un médico militar especializado en los casos de «*shock*» cerebral.

En la puerta resonó una tímida llamada, y apareció un negro, ya viejo, robusto. Mostró la blanca dentadura caballuna, aguardando en silencio.

—Hola, Hewoa —saludó Mortimer—. Eres todo un discreto veterano. Si todos fuesen tan discretos como tú, el universo sería una gloria.

El negro acentuó su silenciosa risa.

Larry Mortimer frunció las cejas, todo lo que le permitía las tiras de esparadrapo. ¿Cómo sabía que aquel negro era Hewoa, el mudo?

Forzó el seso inútilmente. No podía recordar nada más. Señaló la pared:

—En aquel calendario luce un hermoso cinco, Hewoa. ¿Hoy es cinco de junio?

El negro rió jovialmente. Sin simularlo. Por lo menos, él no sentía temor alguno. Se dirigió al calendario, y arrancó hoja tras hoja, hasta dejarlo en el número 11. Replicó con el índice y Mortimer asintió:

—Once de junio. Hasta el trece, conservaré la máscara, como dice tía Rosa. Prepárame un almuerzo en forma. Me bañaré.

Se bañó, comió con apetito y, tras dormir la siesta, leyó periódicos y revistas hasta la hora de cenar. Siempre atendido por el mudo Hewoa. No quería pasear ni ver a los demás Mortimer.

Había cosas que las recordaba, tal como aquel caserón donde antes… ¿cuándo?… no había muebles, sino hamacas. Recordaba a Hewoa. Todo lo demás se disolvía en una espesa neblina.

Y mientras trataba de coger el sueño, fue cuando apareció otro nombre remplazando a los dos obsesivos de Teresa y Gavin Holden: Curt Seldom.

Y al despertar, ya sabía quién era Curt Seldom: el más granuja e inteligente de todos los equívocos sujetos que imponían la fauna de detectives privados de San Francisco.

Al mediodía, sin haber visto a ninguno de los tres Morder, decidió de pronto que se encontraba a disgusto allí, encerrado por su propia voluntad, como si temiera ver a los que le temían, siendo sus únicos familiares.

Se afeitó y pidió a Hewoa que le preparase una extraña mezcla: alcohol y aceite tibio. El mejor ingrediente para despegar esparadrapo.

Media hora después se contemplaba, sin gafas negras ni «máscara».

Ojos densamente azules, y tan sólo unas pequeñas cicatrices de sutura.

La piel parecía más blanca en la parte superior del rostro.

Murmuró roncamente:

—Otro se volvería loco, pero tú no, Larry Mortimer. Te miras, te

gustas, te encuentras guapote y recio. Pero estás flotando en pura neblina. Si hay alguien que te puede ayudar en este caos de confusión es el granuja de Curt Seldom.

Procedió a vestirse el traje gris, en cuyo ojal de solapa insertó el redondelito con la cintita «Al Valor Individual».

Contó los billetes encontrados en la cartera del saco equipaje. Doce de cien dólares, diez de cincuenta, diez de diez y ocho de cinco.

Hizo una bola con dos de cinco y la lanzó a Hewoa, que en la puerta parecía esperarle.

—Déjame el coche ante la puerta, Hewoa. Me voy a la ciudad. Y les dices a los Mortimer, que no sé cuándo volveré. El coche lo estacionaré en Ray Mission, para que lo recojan allá.

El negro desapareció. Había recogido con agilidad simiesca la bolita de los dos billetes.

Poco después, conduciendo el «Mercury», cuya parte posterior despedía vaho de gallináceas, Larry Mortimer se afirmó a sí mismo:

—En todo Frisco, sólo un tipo puede serme útil. El bribón de Curt Seldom.

CAPÍTULO III

En una de las más insalubres callejuelas de Chinatown, entre dos tiendas de antigüedades fabricadas en el Middle West, un edificio de tres pisos mostraba a ambos lados de la puerta un extenso surtido de placas. En ellas se especificaban diversidad de oficios, algunos reconocidos como tales, otros acreditando originalidad.

En el tercer piso, alternaban sus despachos y oficinas, una vidente francesa, una compositora, dos astrólogos y un agente de seguros.

En el segundo piso, un zahorí, una agencia de compraventa y un ginecólogo.

En el primer piso, solamente había dos despachos: un comercio al por mayor de sedas, a la derecha, y a la izquierda, una mano pintada en rojo luminoso, señalaba la puerta, donde también en rojo luminoso, se leía:

> «Curt Seldom, Investigador legalmente diplomado
> Consulta gratuita».

Larry Mortimer empujó la puerta. Un mostrador, y tras él, una muchacha con gafas, leyendo una revista de cine, extendida sobre la máquina de escribir.

Atendía dos cosas a la vez: leer la vida privada de una famosa *starlet* del momento, y pegar salvajes mordiscos a un grueso emparedado.

Larry Mortimer iba ya clasificándose personalmente como un barriobajero. Lo notaba en su estilo natural, que brotaba espontáneamente:

—¿Es el postre o la merienda, rubia?

La mecanógrafa dejó de mordisquear y de leer. Iba a replicar con aspereza, pero mirando con más atención, encontró guapísimo

al elegante individuo en cuya solapa brillaba el distintivo de «héroe».

—Buenas tardes. Dígame lo que desea, señor.

—Perderte de vista cuanto antes. Avisa al granuja de Seldom.

También la mecanógrafa conocía a los barriobajeros y aquél era de la clase acostumbrada a hacerse obedecer. Pero no tuvo que terminar su movimiento de alzarse, porque una puerta se abría al otro lado del mostrador.

Un individuo de mediana estatura, cabellos rojos y cejas en sesgo, que le daban aspecto de diablo regocijado, ondeó una mano.

—Adelante. Yo soy Seldom, a su servicio.

Larry Mortimer alzó el panel del mostrador, y encaminándose hacia la puerta, meditó que el rostro de Curt Seldom garantizaba su inteligencia.

El detective cerró la puerta apenas hubo entrado el visitante. Un mobiliario opaco, de segunda mano, adquirido por piezas sueltas en tenduchos de Chinatown.

Se instaló Mortimer en un butacón de lustrosos brazales. Curt Seldom pasó a acodarse en la mesa despacho, apoyando la mejilla en el puño derecho y asiéndose la solapa izquierda.

Daba la impresión de un oyente, dispuesto a reír un buen chiste. Pero no engañaba a su visitante. Porque Mortimer, sin saber cómo, estaba seguro de que le constaba que Curt Seldom era peligroso, duro y mal enemigo.

—¿Usted me conoce, Seldom?

—Ni la menor idea. Pero usted, por lo oído, debe conocerme.

—De oídas. ¿Le ofendió que le llamase granuja?

—Mi secretaria suele llamarme así cuando me siento cariñoso. El espíritu es fuerte, pero la carne débil. Y las feas son muy agradecidas. Tienen sorpresas deliciosas.

—No sé dónde ni a quién, pero oí comentar que de todos los investigadores de misterios de Frisco, usted se llevaba la palma en los asuntos turbios. Yo vengo a ofrecerle el asunto más turbio que pueda imaginar.

—Podemos hablar con franqueza, ¿o no podemos?

—Inténtelo.

—Usted lleva la chapa que lo califica de héroe. Con ella se ganará la ayuda de la policía oficial y de la militar, rente capacitada

que le puede resolver sus turbiedades.

—¿Cuánto cobraría por estar constantemente conmigo, hasta que yo encuentre a dos personas cuyo paradero ignoro?

—Depende. Me figuro que usted necesita guardaespaldas y temo que tiene el genio duro y pronto para la camorra. No debe ser una ganga ni mucho menos ir paseando con usted.

—Necesito tener conmigo un cerebro que carbure.

—El mío funciona a todo gas si lo engrasan a modo —y Curt Seldom se frotó el índice y el pulgar izquierdos—. Pero usted tiene cara de saber caminar con su propio seso.

—Eso opino y, sin embargo, estoy aquí. Me sucede lo que me parecía cosa de médicos o peliculeros. En Vietnam me estalló una granada delante de la cara. La explosión fue de luz y expansión, porque la metralla se fue a otro sitio. Dicen que sufro los resultados de un «*shock*». Lo cierto es que no recuerdo nada de nada. ¿Le extraña?

—El cliente siempre tiene razón. Es mi lema. Lo único que me extraña es que si no recuerda nada de nada, sepa que yo tengo fama de ser un granuja.

—Un taxi me cobra cinco dólares por hora. Pongamos diez para usted, Seldom. ¿Le agrada?

—Tiene usted un modo de negociar que me despepita. Pero un taxi va sobre cuatro ruedas y obedece las señales del tráfico, aunque sea a regañadientes. En cambio, yendo en su compañía, usted puede llevarme por terrenos llenos de baches y fosas. Pongamos veinte a la hora. Y soy todo suyo, por lo que a cerebro se refiere. Si hay intercambio de golpes, miraré sin intervenir, y si está usted en apuros, y no me comprometo demasiado, le echaré una mano. El trato está claro. ¿Lo acepta?

—Ahí van dos billetes de paga y señal.

Miró Seldom los dos billetes de cien. Pero no los cogió. Dijo Mortimer:

—Cuando hayan pasado diez horas, avíseme para que le renueve el carburante, Seldom.

—Preferiría que antes acabásemos de entendernos bien.

—Es sencillo. Yo quiero saber únicamente una cosa: quiero saber la razón por la cual tengo que matar a un hombre, antes que me mate él.

—Curioso problema, indudablemente. ¿Por qué cree que ese hombre quiere matarle?

—Si lo supiera no estaría aquí.

—Y naturalmente, está aquí porque tampoco sabe dónde esconde ese hombre. Ni sabe si él sabe… Realmente, la cosa es turbia.

—Y tanto, que echo el resto a una carta, Seldom. Puede que a medida que me vuelva la memoria, averigüe sobre mi mismo algo que no conviene que se sepa. No puedo precisar las razones en que me fundo, pero tengo el presentimiento de que no soy trigo limpio.

Curt Seldom adelantó la diestra y cogió los dos billetes.

—Hoy habrá dos tenderos que respirarán. Llevan un par de meses esperando cobrar. No puede usted figurarse la escasez de gente inteligente que hay en Frisco. Todos desconfiados, y no saben que yo, cuando prometo guardarme para mí los secretos ajenos, soy una tumba egipcia de ocho pisos bajo veinte toneladas de arena.

—Me llamo Larry Mortimer.

—Encantado de conocerle, Mortimer.

Anteayer atracó el barco hospital que me transportaba, como a tantos otros soldados. Me esperaban los tres componentes de mi familia. Mi tía Rosa, mi hermana Jessica y mi padre Joe.

—La familia siempre es mejor dejarla fuera de ciertos asuntos turbios. Supongo que ésta será su opinión.

—Pensé preguntarles a ellos, pero me fue imposible. Dejemos de momento aparte el problema de mi familia. He mirado en el listín y no he encontrado al hombre que busco, Había muchos Holden, pero ninguno se llamaba Gavin.

—Un nombre poco corriente.

—Ignoro la razón, ni puedo explicarme con coherencia, pero sé que cuando nos veamos frente a frente, uno de los dos estallará.

—¿Lleva usted petardo?

—Tengo derecho a empleo de arma corta, hasta que expire mi enrolamiento.

—Ventajas de ser héroe.

—Busqué también el nombre de ella, sin encontrarlo.

—¿Ella?

—Teresa… También se apellida Holden.

—¿Hermana, esposa, hija, madre, abuela de Gavin?

—Me agrada su guasa, Seldom. Porque me consta que sabe usted que la cosa va muy en serio. Ignoro qué parentesco une a los dos Holden. No están en los listines, ni de Frisco, ni de Berkeley ni de Oakland.

—A ratos, seré impertinente. Estos Holden, ¿son de su categoría social?

—Deben serlo. No creo que yo alternase nunca con la alta sociedad.

—Y supone que residieron o estuvieron de paso por Frisco.

—Lo aseguraría, si pudiese asegurar algo.

—En este caso, podemos darnos un paseo hasta Pacific Street. No está lejos. Si le sobran cien dólares, dos puertas más abajo hay un amigo mío que me prestará su coche, a razón de cinco por cada veinticuatro horas.

—Vamos allá. Es extraño, pero sabía a ciencia cierta que acertaría al venir en su busca.

Curt Seldom extrajo una funda de su armario y, apartándose la solapa izquierda, descorrió un broche de un ancho tirante, insertando en el tirante el anillo posterior de la funda.

Remontó el tirante, abrochando. Hizo correr la cremallera de la parte superior de la funda, dejándola abierta. Cerrando su americana, recogió de la percha su sombrero de castor, con una cinta estrecha color naranja.

En la antesala, la mecanógrafa, de pie, inquirió:

—¿Qué diré a los clientes, señor Seldom?

—Cerrado por ausencia. Coloca el cartelito, monada, toma estos billetes. Para ti guardas veinte del ala y el resto a partes iguales entre mi pesebre y mi casero. Mañana, a las nueve, te asomas a ver si estoy.

Al pasar, Seldom dedicó una amistosa palmada en la parte femenina más carnosa. Restalló con más amplitud que el leve grito escandalizado de la mecanógrafa.

Bajando las escaleras, comenzó el pelirrojo:

—Es una fea muy suculenta. ¿Oyó el eco, Mortimer? Compacta como la cera de abeja y sabrosa como la miel.

—Ya me dijo que las feas tienen sus sorpresas.

En la calle, Seldom emitió un silbido. Desde la otra acera acudió una chiquilla de diez años.

—Dile a tu papá que saque el cacharro.

Mortimer tendió un billete de cien. Cogiéndolo, lo agitó Seldom ante las narices de la niña, indecisa hasta entonces.

Al ver el billete, echó a correr. Comentó Seldom:

—La confianza reina por su ausencia. Un día espléndido. Y la tarde se anuncia calurosa. Vamos a ir al «Dingo». El dueño es la bestia más repulsiva que conozco. No le tiene miedo ni a su propia cara. Y…

Se interrumpió Seldom porque por la estrecha calle acudía, anunciándose a bocinazos, un «Chrysler» dos platos, gris, bastante presentable.

El coche se detuvo ante los dos hombres parados, y bajó un individuo.

Seldom le tendió el billete.

—Buen viaje, Curt.

—Ojalá.

El detective ocupó el volante, y a su lado se sentó Mortimer. El coche arrancó suavemente y a poca velocidad fue claxoneando para abrirse paso por entre el tránsito de las callejuelas.

—El dueño del «Dingo» se llama Compton. ¿Le conoce? ¿Le suena?

—No. En absoluto.

—Sabe al dedillo la vida y milagros de la gente de campanillas. Si él no conoce a los Holden, será porque los Holden funcionaron en su especialidad por otra comarca.

Pacific Street era más ancha y había lugares para aparcar. En vez de antigüedades y bazares ropavejeros, como en las demás callejuelas, Pacific Street presentaba un muestrario de bares, fondas y comedores.

Aparcó Seldom el coche, pero no descendió.

—No le tengo a usted ni de lejos por un novato, Mortimer, pero me interesa explicarle la clase de tipo que es Compton. Un bestia integral.

—Ya me lo comunicó.

—Conmigo él tiene confianza, pero ti por casualidad usted no le cae en gracia, mejor será batirse en prudente retirada.

—¿Qué hay que ser para caerle en gracia a Compton?

—Cualquier cosa menos policía.

—En la casilla correspondiente a profesión, mi documentación dice que soy, o mejor dicho, fui, viajante de comercio.

—Así sea, adelante, pues. Si le da igual, yo llevaré la voz cantante.

—Para eso vine a buscarle.

Atravesaron la calle. Exteriormente, el «Dingo» era uno más de los cafetines para marineros y turistas o noctámbulos ávidos de suponerse en peligro.

Debido a la hora intermedia, el largo local tenía escasos concurrentes.

Pero sí tenía «atmósfera». Un automático al fondo, en cuya ranura acababa un marinero de depositar una moneda, esparció un ritmo pegajoso, en sordina, de clarinete.

A la izquierda, un largo mostrador con tres camareros que, en vez de blanca chaqueta, llevaban una camiseta a rayas. Adheridas a la pared derecha, había mesitas y sillas empotradas.

—Un sitio excelente para los que saben nadar en los arcos podridos —declaró Seldom mientras avanzaba hacia una de las mesitas.

Se sentó, teniendo al alcance de la mano una cortina. Había varias iguales a trechos. Conducían a salitas y al piso superior.

Mortimer ocupó la otra silla, adosándose a la pared Desde la barra, un bebedor invitó cariñosamente:

—Cambia el disco, lobo marino. Éste da dolor de tripas, hombre.

El marinero siguió embelesado, de pie ante la «rockola» de cuarenta discos.

Uno de los camareros, cuyo torso hinchaba la camiseta rayada, solicitó:

—¿Le sirvo algo, Curt?

—Sírvame al patrón, si está para mí.

El hombre abandonó el mostrador y apartando la misma cortina que rozaba el hombro derecho de Seldom, desapareció manifestando:

—Voy a ver si duerme o está despierto.

Mortimer se ladeó. Acababa de entrar una mujer llamativa, porque desentonaba. Llevaba un blanco traje sastre de dril, sandalias de alto tacón, rojas, que rimaban con su pamela de brillante paja.

El marinero silbó, abandonando su búsqueda de lamentos melódicos. El bebedor, silbó también encandilado.

La mujer de la pamela roja no se inmutó. Encaramándose en uno de los taburetes, sin mirar al camarero, pidió:

—Un doble de menta.

Mortimer detallaba desde la punta de los zapatos hasta las bien dibujadas cejas, a la que miraba sin descaro, con fría fijeza.

—Hola, Seldom —gruñó una voz pastosa.

—Hola, Compton. ¿Dormitabas?

—A medias.

—Este que me acompaña es de toda confianza, Compton. Quiere saludar a un amigo suyo. Un tal Gavin Holden.

El dueño del «Dingo» había tomado parte en algunos combates de lucha libre. Perdió la licencia por reiteradas suciedades antideportivas.

Contorneó la mesita, interceptando la trayectoria visual de Mortimer hacia las espléndidas piernas de la bebedora de menta.

La cara maciza, hosca e inexpresiva de Frank Compton sufrió una leve transformación al mirar al que le estaba observando. Una transformación inesperada.

Había temor en la cara del calificado por Seldom como un bestia integral. Desvió los grises ojillos, y se sentó frente al detective.

—¿Decías, que no te oí?

—Este que me acompaña quiere saludar a un amigo suyo llamado Gavin Holden. Le dije que tú sabrías quién era Gavin Holden…

Frank Compton volvió a mirar a Mortimer, antes de contestar:

—Por aquí no viene, ni ha venido nunca, ningún Gavin Holden.

—¿Seguro, Compton? —insistió Seldom.

—Tan seguro como te llamas Curt. Nunca te he mentido a ti. ¡Ey, Jim! Trae tres, «suaves».

Mortimer se había olvidado de la bebedora de menta, Crispó una mano sobre su rodilla.

El dueño del «Dingo» soslayaba el mirarle.

Un camarero depositó sobre la mesita tres altos vasos, con un líquido ambarino. Dijo Mortimer:

—Según acaba de afirmar, nunca le ha mentido a Seldom. Me agradaría comprobar si va a mentirme.

Compton bebió lentamente, siempre sin mirar, al que añadía:

—Al echarme el primer vistazo, se le mudó el color y cambió de expresión. ¿Por qué? ¿Sabe quién soy?

Compton dejó su vaso y pretendió sonreír cordialmente:

—Usted lleva en la solapa un hermoso adorno, amigo. No sé quién es usted ni nunca le he visto hasta ahora. Viene acompañado de Seldom, y es una garantía. Lo que lamento es no poder informarles acerca del tal Gavin Holden.

Despaciosamente, dijo Mortimer:

—Está usted mintiendo, Compton. Es usted un embustero.

Curt Seldom, levantándose, se dirigió a la barra. Prefería no estar cerca de aquellos dos camorristas natos.

Compton clavó una significativa mirada en los densos ojos azules de Mortimer. Murmuró:

—Así me ponga el «casco del embustero», no registrarán la menor señal de que yo sepa quién es Gavin Molden. Y en cuanto a usted, héroe, no se encrespe. Haya paz entre los hombres de buena voluntad.

Frank Compton se levantó y, apartando la cortina, volvió a desaparecer.

Larry Mortimer se pasó la mano por la frente, fruncido el ceño.

Desde la barra, Curt Seldom empezó a darle gas a su cerebro.

¿Qué clase de sujeto era aquel héroe fríamente matón, que llamaba embustero a Compton, sin que este alzase siquiera un dedo? No solamente encajó Compton el insulto, sino que encima le había dado excusas.

Se sobresaltó Seldom, porque una voz femenina, muy cerca, susurraba:

—Dígale a su amigo que yo puedo decirle quién era Gavin Molden.

CAPÍTULO IV

Curt Seldom, de espaldas a la barra en que apoyaba los dos codos, trató de catalogar a la que añadió:

—Es muy interesante su amigo héroe. Y mucho más lo resulta cuando se ha permitido el lujo de llamar embustero al gorila de Compton, que se ha arrugado.

—Puede que Compton se haya rajado por ser antipatriótico enzarzarse a trompazos tabernarios con un guerrero convaleciente. Me llamo Curt Seldom.

—Le conozco, Seldom. Una amiga mía me informó en el «Roler-Derby» cuando yo opiné que un espectador pelirrojo tenía la misma cara que Mefistófeles, el diablo de la opereta «Faust». Y mi amiga me dijo que el pelirrojo espectador era un detective llamado Seldom. Muy interesante su profesión.

—Usted tampoco resulta gris ni vacua.

—¿Porque sé quién era Gavin Holden? —sonrió ella.

—¿Murió el pobre?

Apeándose del alto taburete, en un generoso despliegue natural de intimidades muy incitantes, replicó ella:

—Busque en la guía la «Pensión Florida» y pregunte por Sonia Lassen. Soy yo. Y ahora mismo voy a mi pensión.

Imitado por los demás, Curt Seldom contempló con deleite la armoniosa silueta esbelta y deportiva de Sonia Lassen, que abandonó el bar, dejando la sensación de poseer un excelente aplomo, tanto físico como mental.

Mortimer vino a acodarse a la barra.

Seldom, sin volverse, inquirió:

—¿Conoces a esta monada, Jim?

El camarero informó:

—Es una de la «Ronda Infernal».

—Ya decía yo que me parecía haberla admirado antes. ¿Viene

con frecuencia por aquí?

—Casi todas las tardes, a esta misma hora, porque viene de entrenarse y toma un doble de menta. Pero suele pagarlo. Hoy se ha ido sin cumplir con el reglamento.

—Porque ella sabe que soy un caballero, Jim, aunque no lo parezca.

Y Curt Seldom colocó un billete sobre el mostrador, añadiendo:

—Guarda el cambio, Jim. Como fondo de reserva mi cuenta.

Andando hacia la puerta, comentó el detective:

—Será la chapa de combatiente heroico, Mortimer, pero aun así, resulta raro que eso le asuste a Compton. Pero sal en camilla.

Mortimer siguió en silencio, hasta quedar sentado junto al volante.

—La que bebía menta, le estuvo hablando, Seldom.

—Poco y sabroso. Aseguró que le podía decir a usted quién era Gavin Holden. Así mismo… En pasado. Como si hubiera muerto Gavin Holden. Pero no dijo que sí ni que no, cuando indagué si Gavin Holden comía malvas por las raíces. En cambio, me indicó que se aloja en «Pensión Florida», y que allí podemos telefonearla. Es de la «Ronda Infernal».

—¿Qué es la «Ronda Infernal»?

—Olvidaba que usted lleva tiempo ausente de Frisco. La televisión ha puesto de moda aquí lo que hace cerca de dos años es el furor de Nueva York y Chicago. El «Roler-Derby».

—He leído reportajes. Patinadoras sobre pistas de madera.

Seldom estaba consultando un pequeño, pero grueso librito, provisto de pestañas con abecedario.

—Muy útil para mí. La guía de direcciones. Es fenomenal la cantidad de «Floridas» que existen en la ciudad, entre hoteles, bares y pensiones.

Cerró el librito, que volvió a colocar en el bolsillo trasero de su pantalón, y dando marcha, añadió:

—Se halla en pleno Market Street y tiene dos asteriscos, lo cual significa que es un alojamiento intermedio: ni lujo ni miseria. Segunda clase. Pero Sonia Lassen es de primera. Ya que estamos unidos en colaboración, opine usted sobre Sonia Lassen.

—No la he visto nunca hasta ahora. Escuche… Podré estar desmemoriado, pero no tanto como para no reconocer a una mujer

del estilo de Sonia Lassen, si la hubiese conocido de un modo u otro.

—¿Por qué le afirmó a Compton que estaba mintiendo?

—Porque lo que le inspiró respeto no fue esto.

Y Mortimer se quitó de la solapa la condecoración, que se guardó en el bolsillo superior. Por el espejo retrovisor, y en una parada del tráfico, contempló Seldom a su acompañante.

—Será mejor para hacer averiguaciones, pero el riesgo es pleno y muy suyo, Mortimer. El que no se atreva a liarse a mamporros con un héroe, no dudará tanto frente a un paisano. De todos modos, en usted hay algo indiscutible, Mortimer. Tengo práctica en reconocer a un matón muy seguro de sí mismo. Su caso.

—No creo que a Compton le achique un matón de la clase que sea. Por esto mismo, es raro que al verme la cara se alarmase. Vamos ahora a visitar a esta patinadora. Pero después volveré al «Diego». Quiero hablar a solas con el dueño.

—Buena idea. Y en su memoria, ¿no ha despertado nada la jeta poco agradable de Frank Compton?

—Nada en absoluto.

—¿Ni la muy monísima de Sonia Lassen?

—Tampoco.

—Déjeme lucir mi portentosa inteligencia deductiva, Mortimer. Estamos indagando en el «Dingo» acerca del paradero de un tal Gavin Holden, y aparece Sonia, la cual me acaricia el oído diciéndome que ella puede informarle de quién fue Gavin Holden. Y ahora, sáquele punta a esta información mía y personalmente intrigante. Las «Roler» se entrenan entre tres y cinco, en el «Acuarium» del Golden Gate Park. El camarero Jim atestigua que ella viene todas las tardes, después de entrenarse, a tomarse un doble de menta. ¿Tanta calidad tiene la que despachan en «Dingo» que Sonia recorre la ciudad, de un extremo a otro, para beberla? Y más teniendo en cuenta que su pensión está a medio camino entre la pista de entrenamiento y el mostrador de Dingo.

—Atisbo lo que quiere sugerir. Pero ella no podía saber que alguien iría a preguntar por Gavin Holden, precisamente a la hora en que acostumbra a beber su menta.

—Hay un trasto llamado teléfono, que complementado con el cacharro vulgarmente conocido por taxi, podría explicar la

presencia en el momento oportuno de la deliciosa Sonia.

—¿Compton telefoneando a Sonia?

—O un camarero. O el marinero que se embelesaba con el clarinete. O el supuesto borrachito… Sonia declara que le encuentra a usted muy interesante, Larry Mortimer. Un hombre que con su simple cara produce alarma en Compton, o bien es un barril de dinamita ambulante, o sus preguntas suscitan el pánico.

Market Street, arteria muy transitada, exigía en los conductores una plena dedicación al volante.

Se calló Seldom mientras Mortimer pensaba en Compton, el bestia integral que le miró alarmado y luego le dedicaba una ojeada cómplice, como diciéndole:

«Tú no puedes molestarme, y los dos sabemos el motivo».

El motivo podía saberlo Compton, pero él no.

El coche se detuvo con precisa medición del espacio entre dos que empleaban el gran garaje público de los Almacenes Uniprize.

—Sonia me dijo que le telefonease. Éste es el número. Hágalo usted.

Y Seldom le tendió la guía abierta.

—No tenía coche.

—Pero habrá llegado, si utilizó un taxi. Llame.

En la cabina, marcó Mortimer los números de la pensión, sita en la misma manzana que los «Uniprize».

Vio cómo Seldom abandonaba el garaje, dotado de todas las comodidades para los esposos y chóferes esperando.

El auricular le informó que Sonia Lassen no estaba en su habitación.

Colgó Mortimer y poco después se detenía ante el umbral del número que la guía señalaba como sede de la «Pensión Florida».

Las placas indicadoras tenían diversos colores. Una rosa especificaba con letras amarillas que la «Pensión Florida» ocupaba los pisos quince y dieciséis.

Mortimer buscaba en vano a Seldom. Los escaparates iban encendiendo sus luces. El tráfico rodado mostraba un constante fluir de torrentera metálica. A trechos, las amplias aceras eran escasas para contener el humano hormiguero.

Bajo el entoldado dintel desfilaban hombres y mujeres, sin que Mortimer pudiese identificar al pelirrojo Seldom. ¿Dónde había ido?

Ambos no debían separarse, según lo convenido. Le había dejado salir del garaje, creyendo que le esperaría en la acera.

Miró maquinalmente al oír un chirrido de frenos. Un bonito color frambuesa el de aquel «Pontiac» del que bajaba una mujer, mientras el hombre al volante demostraba su intención de volver a ponerse en marcha en busca de aparcamiento o para irse.

Larry Mortimer se irguió, rígidos los músculos. Conocía a aquel individuo de rostro agudo, nariz puntiaguda algo respingona.

El «Pontiac» desaparecía ya, absorbido por la circulación. Mortimer, que había reaccionado tardíamente, llegó al borde de la acera cuando ya era imposible llamar a un taxi y perseguir al coche color frambuesa, conducido por…

¿Por quién? Cerró los ojos, llevándose la mano a la frente. Estaba perfectamente convencido de que conocía a aquel sujeto de rostro afilado. Pero era incapaz de colocarle un nombre.

—La matrícula era la «8993-B-17» —dijo Seldom a su lado.

—¿Por qué demonios se fue usted? Hemos convenido no separarnos.

—Mientras usted telefoneaba, vine a pulsar el timbre de las visitas que no quieren efectuar un paseo en ascensor, inútilmente. Pregunté por Sonia. No había llegado. Salí, permaneciendo en aquel rincón. Me gusta jugar al apache acechando. Le vi apenas arrancó el coche color frambuesa, con matrícula de Berkeley.

—Conozco al tipo que conducía. Le pude ver bien, y sé que le conozco.

—Ella le daba la espalda a usted, Larry. Claro que las pamelas rojas están de moda…

—¡Sonia Lassen!

—Ésta era la monada que bajó del «Pontiac», pero que no hizo lo que era normal.

—¿Hay algo normal a mi alrededor? —sonrió Mortimer ásperamente.

—Yo —declaró Seldom, tocándose el pecho—. Veamos ahora la última anormalidad. Sonia me invita a telefonear, diciéndome que va directa a su pensión. Cuando está frente a su pensión, toma el camino de los «Uni», donde ha entrado. No creo que le haya visto a

usted, porque apenas salió del coche fue a los almacenes. Tampoco me vio a mí, porque por casualidad me metí en aquel entrante, desdeñando la acera entre el garaje, los almacenes y la pensión. No, no resultaría una exploración de los almacenes. Sería como buscar una figurilla preciosa, entre centenares de otras figurillas más o menos preciosas, que se agitan, rebuscan, chillan y se propinan arteros codazos, en los pisos del «Uní». Además, Sonia actúa, como las demás «Roler», de cinco y media a ocho en el «Acuarium».

—Sonia Lassen conoce a un individuo que me ha de conocer forzosamente. ¿Por qué no entró ella en su pensión?

—Vamos bien encaminados, Morty. Sonia Lassen supondrá que ya hemos telefoneado y que nos han dicho que no está. Supondrá que la esperaremos. Bien, pues vamos a esperarla.

Mortimer dio media vuelta y su modo de atravesar a lo ancho de la acera hacia la entrada de la pensión, provocó algunas protestas.

Tras él, Seldom fue diciendo amablemente, con sardónico regocijo:

—Perdón, perdón… Tenemos mucha prisa…

Ya en el largo pasillo, tocó en el codo al que le precedía.

—No estamos en Vietnam, Morty. Ha atravesado usted la pacífica muchedumbre como un bisonte oliendo a cuadra.

—En algo he de tener plena seguridad y la tengo. Soy indudablemente un grosero mal educado.

—Con prisas por saber los tapujos que se trae Sonia. En el ascensor, ambos callaron. En el piso quince, señaló Seldom alfombras y lámparas.

—Una pensión de rechupete, si se come a juego con el decorado.

Un individuo uniformado se sentaba tras un mostrador, a la derecha de la salida de los ascensores.

—La señorita Lassen —pidió Seldom.

—Un momento, por favor.

El conserje habló por teléfono interior:

—Dos señores preguntan por la señorita Lassen. Escuchó unos instantes y colgó el auricular.

—Un momento, por favor.

Una de las puertas a lo largo del suntuoso corredor alfombrado mullidamente, se abrió. Acudió una doncella encofiada y con minúsculo delantal de negro raso.

Llevaba una bandejita y consultó:

—¿Tienen la bondad los señores de decirme si son los que debían telefonear a la señorita Lassen?

—Yo soy Curt Seldom, preciosidad.

La doncella tendió la bandejita y cogió Seldom la cartulina que llevaba un escudo y la mención «Pensión Florida».

La doncella se alejó, atrayendo la mirada del pelirrojo el redondo contoneo posterior. Suspirando, leyó el detective la letra femenina, picuda y clara:

> «La señorita Lassen ha telefoneado para que transmitamos al señor Seldom lo siguiente: Le es materialmente imposible ver al señor Seldom antes de las ocho y media aquí mismo, salvo si el señor Seldom y su acompañante prefieren visitarla en el "Acuarium"».

Tendió Curt la cartulina. En el ascensor, mientras bajaban, leyó Mortimer. En el corredor de salida, dijo Seldom:

—El problema que se avecina es saber quién le espera a usted en el «Acuarium», Morty. No debe ser para nada bueno, porque si así fuese, el tipo del «Pontiac» y Sonia hubieran esperado en la pensión. Son las cinco y diez. No le vendrá mal entretenerse viendo la «Ronda Infernal».

—Esta maldita patinadora tiene una clave de mi problema.

—Seguro que sí, y por esto hemos de dar con ella. Hay unos camerinos en el «Acuarium», aunque entrar en ellos será difícil. Suelen ser chicas apetitosas y pululan los moscardones tras sus cortas faldas. Algo está claro, digo yo.

—Que te crees tú eso, bebé —masculló Mortimer.

La expresión, clásicamente del hampa, muy oída por Chinatown, suscitó en el detective un rictus sardónico.

—Lo que está claro es que usted es un sujeto peligroso que anda buscando algo muy peligroso. Nunca piso de plano, sino siempre sobre la punta de los pies, y ahora más que nunca, porque me tiene más que pensativo la extrañé, actitud de Compton y todo el tejemaneje subsiguiente a su aparición por el «Dingo».

Estaban ya en la rampa descendente, para uso de los que regresaban a sus coches, en el garaje del «Uniprize».

Interrumpiéndose, Seldom dedicó una sonriente mueca a lo

lejos, frente a sí, antes de añadir:

—Hemos convenido que yo hablo y usted escucha. Gracias, Morty.

Siguió caminando, y comprendió Mortimer entonces la causa de la indefinible sonrisa y el repentino cambio de tema.

En el centro del asiento del «Chrysler», Sonia Lassen contemplaba con fijeza a Larry Mortimer.

Con la misma expresión intrigada que cuando se instalaba en el «Dingo» para paladear a lentos sorbitos su doble de menta.

CAPÍTULO V

—¿Qué tal, Sonia? —saludó Seldom afectuosamente instalándose tras el volante—. No tema que la aplastemos, los tres somos esbeltos y el asiento es ancho y confortable.

Mortimer se sentó a la derecha de la patinadora.

—¿Le presento a mi compañero o lo hice ya, Sonia? —indagó Seldom socarrón.

—No hemos sido presentados, ¿verdad, Larry Mortimer?

El interpelado se acodó de lado en la ventanilla, para mirar a la que, sonriente, agregó:

—Últimamente, me han repetido mucho su nombre, Mortimer.

—Celebro que sepa quién soy, ya que no puedo decir lo mismo.

—Ambigua respuesta… No nos conocemos y nos hemos visto hoy por vez primera, en el «Dingo». Puede conducir hacia el «Acuarium», Seldom. Supuse que el mejor sitio para dejar su coche sería éste.

—¿Y cómo sabía que era mi coche, Sonia?

—Les vi subir en él, cuando salieron del «Dingo». Seldom soslayó la circulación de Market Street, virando en la primera esquina. Comentó:

—Estuvimos en la pensión y nos dieron la nota citándonos.

—Me mira usted como si contemplase a un bicho raro, Mortimer.

—Mi compañero viene del Vietnam y por allá no abundan las monadas…

Ella atajó al detective:

—Ya sé que su compañero regresa del Vietnam, y aunque ahora no lleva el distintivo al Valor Personal, repito que últimamente oí con frecuencia su nombre, desde que en la *Vietnam Gazett*, me lo enseñó mi novio. Entre otras noticias referentes al Cuerpo expedicionario de San Francisco, decía que el sargento Larry

Mortimer, casi tomó sólo por asalto una colina, siendo el primero en pisar el reducto enemigo. Desde que conocí a Arthur Crosby…

Respingó ella, porque la zurda de Mortimer acababa de apresar su antebrazo, en súbito zarpazo. Retiró Mortimer la mano, rezongando:

—Excusas. Nervios.

«Yo llevo la voz cantante», era lo convenido con Seldom, que dijo:

—O sea que su novio se llama Arthur Crosby.

—Sí. Pero era mi novio hasta esta misma tarde.

—¿Han reñido?

—Todavía no, pero nunca me acabó de gustar, aunque sea rico y amable. No soy una buscona de oro, pero es fatigante patinar entre empujones, con riesgo de hospitalizarse. Y también es fatigante ser confundida con una vola corista sobre ruedas. Crosby me abordó decentemente, sin demostrar intenciones de quererse cobrar sus corteses invitaciones. Creo que está enamorado de mí, y he ido retrasando el momento de aceptar sus reiteradas peticiones de matrimonio. Usted que conoce a Arthur, ¿le considera un posible marido para mí, Mortimer?

El interpelado encogió los hombros, en gesto evasivo, sabía ya que el rostro afilado de respingona nariz, pertenecía a Arthur Crosby, pero nada más.

Fue Seldom el que replicó:

—La discreción es la virtud principal de los heroicos combatientes en estado de convalecencia, Sonia.

—Si su discreto héroe fuese tan discreto, no le tendría miedo su antiguo amigo Arthur. No sé si hago bien o mal al estar aquí entre los dos, en vez de hacer caso de Arthur, pero lo que sé es que cuando le vi a usted en el «Dingo», acompañando a Mortimer, empecé a pensar que más vale seguir soltera y patinando, pero tranquila. Según mi compañera, usted es muy inteligente, Seldom.

—Su compañera también lo es, puesto que acertó al definirme, Sonia. Y usted es agradablemente sensata y prudente. ¿Conduzco más aprisa?

—Mejor será que desvíe hacia Sunset. Juego en el segundo equipo y no entro en la pista hasta las seis y media, No sé quién es usted, Mortimer, ni quiero saberlo. Pero me consta que si anda por

medio un detective como Seldom, no tardará en aparecer la policía oficial. Y tanto la policía legal como los negocios turbios, no me apetecen.

—Magnífica criatura, ¿verdad, Larry? ¿Qué le hace suponer que llevamos entre cejas un asunto turbio, Sonia?

—El comportamiento de Arthur desde que leyó en la *Vietnam Gazett* que el sargento Mortimer, convaleciente, regresaba a Frisco en el transporte-hospital. Como ya me había extrañado que él tuviera tanto interés en comprar a diario un periódico que sólo podía interesar a los familiares de los expedicionarios, y puesto que me había dicho no tenía allí a ningún familiar, sino amigos, él se sintió confidencial.

—Lo propio de un futuro marido enamorado… antes de firmar el contrato en firme ante el juez.

—Confidencial a medias, solamente. Me dijo que en cierta ocasión, hizo un buen negocio, pero que el regreso de Mortimer le podía comprometer. Me pidió que fuera yo todas las tardes al «Dingo», porque era casi seguro que Mortimer acudiría a visitar a Compton.

—¿Y por qué iría yo a visitar a Compton?

—Esto no lo aclaró. Me hizo una exacta descripción de usted, rogándome que tan pronto le viera o supiera que usted había estado en el «Dingo», intentase, honesta y eficazmente, congraciarme con usted.

—Ya estamos congraciados, nena —gruñó Mortimer.

—Lo que me suponía —sonrió Sonia Lassen—. Por lo menos, usted no lo disimula, Mortimer.

—¿El qué?

—Lo que en vano trata de disimular Arthur. Tiene dinero y se esfuerza en ser fino, pero se nota que procede de barrios poco refinados. Y me confirmo más, ahora, en la idea de que me conviene apartarme de todo este asunto.

—Ya estamos cadera a cadera, Sonia —dijo Mortimer más amablemente.

—Porque sea cual sea su pasado, usted al menos, ha vivido casi dos años decentemente, sargento.

—Hablemos de Gavin Holden —propuso Seldom, deteniendo el coche en uno de los afiligranados parques laterales de Blue Sunset.

—Era el mejor medio de congraciarme, como quería Arthur. Oí que Mortimer preguntaba por Holden, y pensé que así entraríamos en relación.

—Hablo yo, Morty —atajó Seldom—. Mi compañero cree que usted está mintiendo, Sonia. Yo no. Sin embargo, usted me dijo textualmente: «Dígale a su amigo que yo sé quién era Gavin Holden».

—Si su temible amigo, que está al borde del rechinamiento de dientes, hubiese preguntado por Josuah Knikerboots, yo también habría dicho que conocía a Josuah Knikerboots.

—¿Y quién diantres es ése?

—Dos nombres con los que yo desde pequeña, tras leer una novela de Dickens, empleo para designar a los maestros regañones. Mi intención era ir a la pensión, después de hablar con Arthur, al que telefoneé. Vino a buscarme a una tienda cercana al «Dingo». Y pareció muy preocupado cuando le expliqué el sistema de que me había valido para congraciarme con ustedes dos. No le gustó nada, pero nada, saber que un detective privado le acompañaba, Mortimer. Y añadió: «Lo siento, querida, pero será mejor que cuanto antes termine yo con Mortimer. Hiciste muy mal en decir que sabías quién era Gavin Holden», y ahora, dígame por favor, Mortimer, ¿por qué hice mal en decir que yo sabía quién era Gavin Holden?

—Porque estoy buscando a Gavin Holden y no creo que sea precisamente para besarle en la frente. Pero si Seldom, el experto, cree que usted no está mintiendo, por mí estamos congraciados, Sonia. Y excúseme si no soy fino.

—Casi me resulta simpático cuando sonríe, Mortimer. Prosigo. Me dijo Arthur que dejase encargado en la pensión que viniesen al «Acuarium» o fuesen a las ocho y media a la pensión. Y que por todos los medios, rehuyese verme de nuevo ante usted en sitio solitario, Mortimer.

—Éste lo es, Sonia.

—Trataré de hacerme comprender, señor Mortimer. Si usted y Arthur intervinieron en algún negocio sucio, no me incumbe. Si usted busca al misterioso Holden, cuya sola mención hace temblar a Compton, no me incumbe. Si usted y Arthur van a matarse cuando se vean enfrentados, tampoco me incumbe.

—¿No iba a ser su maridito?

—Ya le dije que nunca acabó de gustarme. Es falso y tengo la certeza de que al ver que no podía obtenerme en cuerpo y alma, si no era por el trámite legítimo y con anillo de boda, se resignó.

—Es que usted vale el anillo. Palabra, nena.

—Gracias, Morty —rió ella—. Es agradable ver que un sargento arisco, le piropea a una, reconociendo que una es decente.

—«Una» es buena chica. Adelante, Sonia —invitó Mortimer.

—Cumplí lo que pedía Arthur, que suponía que ustedes dos estarían esperándome arriba en la pensión. Telefoneé desde el garaje y me instalé en el «Chrysler». Mi elección ya estaba hecha. Entre Arthur Crosby que emplea a su novia para engañar a Larry Mortimer, y Larry Mortimer que ha estado dos años jugándose la vida lejos de su ciudad natal, me resultó usted más simpático.

—Se agradece. Supone, por consiguiente, que Crosby quiere verme en el «Acuarium» o prefiere saludarme a las ocho y media, para tener tiempo de prepararme un caluroso recibimiento.

Sonia Lassen adelantó las dos manos, y por unos instantes se las frotó, en perfecta imitación de quién se enjuaga el jabón bajo un grifo.

—Yo soy Poncia Pilatos sobre ruedas.

—Ha de pensar que si Crosby se entera que usted nos ha puesto la mosca tras la oreja, puede sentirse molesto.

—No creo que usted tenga por costumbre comprometer a quien no quiere compromisos, Mortimer. Y esta misma noche, apenas vea a Crosby, le anunciaré que renuncio al relativo honor de ser su esposa. El motivo de mi renuncia es sencillo: si antes de la boda, ya hay cosas poco claras, ¿qué sería después? A mí me gusta la franqueza.

—Y parece sincera. ¿Opina que puedo confiarle lo que me sucede, Seldom?

—Inténtelo. Creo que esta preciosidad es una perla. No emplea las palabras para disimular sus pensamientos.

—¿Qué le sucede, Morty?

—Tengo amnesia. ¿Capta la onda, nena? Perdón… Quise decir si se da cuenta de lo que significa tener amnesia.

Sonia Lassen rió divertida.

—Una amiga mía me dijo que la amnesia es la enfermedad de la esposa que olvida su pasado, para recordarle furiosa, el presente, a

su marido. Dicho de otro modo, Morty… Puede que usted encuentre también muy cómodo fingirse olvidadizo, pero no me incumbe.

—¡Le incumbe! Soy sincero, y habrá podido comprobar que no soy un tipo distinguido, pero como hay Dios, le juro que solamente sé que me llamo Larry Mortimer, y que me interesa encontrar a un sujeto llamado Gavin Holden.

Ella contempló alternativamente, los dos rostros, antes de replicar:

—Si es verdad, no me gustaría ser Gavin Holden. Y ahora, bajaré. Daré un paseo hasta el «Acuarium», donde no me interesa que me vean llegar con ustedes. He dicho cuánto sabía y he hecho lo que me ha parecido más decente. Si Arthur hubiera sido sincero conmigo, no estaría aquí. Estaría con él… o muy lejos de California.

Mortimer bajó del coche. Cuando ella estaba en pie delante de él dijo:

—En todo, me ha parecido usted oro de ley, nena. Menos una frase.

Curt Seldom permanecía al volante, porque oía perfectamente.

—¿Qué frase no le ha gustado, Morty?

—Juraría que usted ignora todo lo referente a mí y a Holden. Pero ¿por qué le dijo a Seldom, «Se quién fue Holden», cuando lo normal es que hubiese dicho: «Sé quién es Holden»?

—Déjeme pensar en la sintaxis, muy olvidada desde la escuela primaria. Es cierto, ¿por qué hablé en tiempo pasado de un desconocido Holden? Lo normal hubiera sido emplear el tiempo presente.

Asomó Seldom el busto. Su sonrisa era mefistofélica.

—Pásmense de mi inteligencia, pareja. ¿Usted es de Frisco, monada?

—Antes de contestar, les hago un ruego. Usted, Seldom déjese de monerías y llámeme Sonia, y usted, Larry, no es preciso que recalque que soy una nena, porque no lo ignoro. He nacido en Chicago, y vine contratada sobre ruedas, hace dos meses. Nunca estuve antes en esta hermosa ciudad, y no sabía quién era Larry Mortimer hasta que Arthur Crosby me indicó que acudiera todas las tardes al «Dingo».

—Entonces, es natural que usted emplee el tiempo pasado al referirse al desconocido Holden, porque también era de tiempos

pasados, el turbio negocio de Crosby… Bueno, iba yo a decir algo más, señorita Lassen. No sé si le agradará…

—No le agradará —atajó Mortimer secamente—. Sé lo que está usted tramando, Seldom, y esta nena no es de las que se prestan a chanchullos y juegos sucios. Tengo pupila yo también, detective. Ande, nena, vuelva a lo suyo, y gracias por la buena voluntad.

Sonia Lassen no se movió. Larry Mortimer volvió a entrar en el coche, empujando sin miramientos al detective.

—¿Qué iba usted a proponer, Seldom? —inquirió ella.

—Lo que Seldom iba a proponerle, era que usted, de la que está enamorado Crosby, nos sirviera de «papel engomado», para atrapar a «la mosca». ¿Era así, no, detective?

—Claro que sí. Ya que Crosby no titubeó en emplear a su propia adorada para atraerle a usted donde mejor le conviniese, no veo porque no podemos intentar la jugada a la inversa. Usted, monada, era el «papel engomado», ya que la emplearon para atraer al sitio conveniente a quienes interesaba cazar: «la mosca» principal, en este caso, era Mortimer. No se encabrite, monada, si yo pensaba proponerle actuar a favor nuestro. De acuerdo, de acuerdo. Carezco de sentido moral y soy un escéptico. Le echo la culpa al ambiente. Siempre, desde chaval, he andado en malas compañías.

Sonia Lassen miró fijamente al sargento:

—Palabra que me mantendré tan apartada de Crosby como de usted. Y si no he ido a la policía, es en consideración a que usted llevaba el distintivo del héroe. Y yo soy una sentimental, porque he supuesto que usted fue al Vietnam, no porque le importasen los vietnamitas, sino para redimirse… o buscar una muerte honrosa. Adiós.

Giró ella sobre sus tacones y se alejó presurosa. Comentó Seldom:

—El que se jacte de conocer a las mujeres es un pollino espantoso, Morty. Será por esto que me hago pocas ilusiones sobre ellas. Pero esta nonada de criatura me parece una especie rarísima hoy en día: buena, sincera y romántica. Termina monja.

—O encontrará un marido decente. Dicen que los hay.

—No hay inconveniente en que nos tuteemos, ¿verdad, Morty? Al punto en que estamos ya… Metidos de lleno en un túnel. Tú no recuerdas nada y yo no vislumbro nada. Formamos una pareja

fantástica. Un ciego y un sordo dándose el brazo para atravesar la calle, no falla. Atropello al canto.

—Ya no estoy sordo, puesto que he oído a Sonia.

—Y de ciego he pasado a tuerto, puesto que ya sé que en el «Acuarium» alguien te espera… ¿para qué, Morty? ¿Cuál fue tu negocio con Crosby? ¿Por qué cuando mencionas a Holden, cunde el pánico?

—Te pago veinte por hora, para que contestes preguntas, no para que me las enjaretes. Dale al pedal. Me entretendrá ver patinar. No es preciso que te sientes conmigo allí dentro.

—No vayas. Dijiste que yo era tu cerebro, en espera de que el tuyo funcione sin restricciones. ¿Crosby quiere atraerte al «Acuarium»? Yo iré a funcionar de «papel engomado». Tu forma le presentarle fue sincera. Preguntaste por el bribón, sin dártelas de puritano. Y tengo mi momento romántico. Como la monada que casi destiló lagrimones al decirte: «No le importaban los vietnamitas, mi sargento, sino que fue usted a morir para redimirse de un negro pasado». Lo dijo por corazonada. Yo también tengo mi corazonada, y es que, sin conocerlo, ya me repele Crosby. Voy sólo al «Acuarium» y a quien se me acerque, dejo bien convencido de que me dejo sobornar. Tenemos resabios de *gangster*, Morty… Será por esto, porque no lo disimulamos, por lo que existe la solidaridad entre ambos. ¿Confiaste en Sonia?

—Ella es oro de ley.

—Yo puedo serlo unas horas cada año. Y me huelo algo grande tras tu búsqueda de Gavin Holden. Algo por lo que Crosby no titubeará en suprimirte por el medio que sea, directo o indirecto. No es de los que dan la cara, como ya hemos comprobado. ¿Aceptas mi plan?

—Se puede intentar. ¿Dónde te espero?

—Donde llevaré a Crosby o a su enviado. A mi despacho. Ésta es la llave y no estará mi secretaria. Puede que me veas entrar pistola en mano, Morty, Puede que mi trato con Crosby o su enviado, no sea matarte, sino entregarte, bien amarrado. ¿Corres el riesgo?

—Se puede intentar.

Los dos se escrutaban con recelo. Mortimer, tras la pausa de silencio, añadió:

—Voy a fiarme de ti, granuja. Creo que estás a mi favor y sabré

agradecértelo.

Se apeó Mortimer, y Curt Seldom, asintiendo en cabezada significativa, pisó el acelerador.

Mortimer, caminando hacia la Sunset Avenue, estaba dispuesto a no retractarse en su confianza.

Llamando a un taxi, le dio la dirección de la «Agencia Seldom».

La clave del misterio la poseía Crosby. Y Seldom traería a Crosby o a su enviado. Sabría por fin por qué estaba convencido de que la solución de todo su problema radicaba en encontrar a Gavin Holden… o a Teresa Holden.

No era el haber vivido peligrosamente en los frentes de combate de la península vietnamita, lo que le hacía mirar de vez en cuando, instintivamente, por la estrecha ventanilla posterior del taxi.

Si él seguía una pista y había alguien que lo sabía, lo normal era que también pudieran seguirle a él.

Tocó en el cristal de separación, antes de abrirlo.

—Dé la vuelta al llegar al cruce con la plaza, amigo. Desharemos parte del camino, por la misma calle.

El chofer asintió y poco después daba la vuelta a la plaza, reemprendiendo en sentido contrario la Sunset.

Mortimer sonrió sin la menor alegría. No se había equivocado. Aquel taxi le seguía, y en su interior iba una mujer.

¿Sonia Lassen… o Teresa Holden?

No divisaba más que una mano femenina apoyada en el reborde de la ventanilla. Dijo:

—Pare en el mismo sitio en que me recogió, amigo.

Cuando el taxi se detuvo, le imitó el que le seguía. No había más que una sombra en su interior. Pero sombra y todo, resaltaba su evidente feminidad.

Larry Mortimer pagó y bajando, se dirigió al otro taxi.

CAPÍTULO VI

El local, de forma elíptica y cubierto, parecía un velódromo. Pero lo que rodaba estrepitosamente, con un ruido similar a un pelotón ciclista tras moto, eran patines sobre la pista de madera.

Sobre los patines, mujeres con pantalón corto, rodilleras protectoras, altos mocasines y jersey de dos colores. Verde, el perteneciente al equipo «Chief» y anaranjado, el de las «Westies».

«Payasada brutalmente histérica», definió un periodista aquel espectáculo. Se negaba a admitir que lo que sucedía sobre patines y entre mujeres, allá en aquella pista, fuese un deporte.

Pero el «Roler-Derby», tenía su reglamento. Los programas entregados con la localidad, lo advertían así al espectador novato.

Dos equipos de cinco mujeres, patinando durante quince minutos, eran relevados por otros dos equipos masculinos y por la misma duración.

Ellos lucían también los colores de cada equipo.

El programa especificaba que no se trataba de acumular carreras, ya que no se contaban las vueltas de pista, sino los «jam». Un equipo marcaba un punto, cuando uno sus componentes, daba una vuelta completa, adelantándose en ella a uno de los adversarios.

Lograr este punto en el marcador, daba lugar a una estrategia especial. Cuando uno de los patinadores, de uno u otro sexo, tomaba velocidad y arrancaba a la señal de «Jam» anunciado por una campanilla, sus compañeros hacían barrera tras él, para permitirle tomar ventaja.

Y los rivales, en contraataque, al ver aproximarse por detrás al «jam-lider», destacaban sus dos defensas de choque, con la misión de detener, como fuese, al que iba abalanzado en busca de un punto.

El «jam» podía terminar de dos modos, ya porque el patinador

hubiese logrado, en el plazo de dos minutos adelantar a ningún adversario, ya porque contra su voluntad, sus dos patines abandonasen la pista de madera.

Esta última alternativa era la más corriente, ya una velocidad aproximada a los sesenta por hora, el patinador o patinadora «jam-lider», que salía de la pista, demostraba tener un gran entrenamiento en aterrizajes violentos.

Tras unas volteretas muy espectaculares, no iba al hospital, aunque a veces no reaparecía en varias sesiones. La proyección fuera de la pista se realizaba con un empujón donde fuese. Empujón arriesgado, porque a veces el que empujaba era el que salía disparado.

El público jaleaba con gran entusiasmo cuando Curt Seldom ocupó un asiento de tercera fila. Era el último «jam» del equipo femenino, y una «Chief» lanzada en tromba había sorteado ya a una defensa, saltando por encima de ella.

Dos «Westies» rodaron de costado y las que acudían en persecución, tuvieron también que saltar. Una falló y quedaron mezcladas tres anatomías femeninas en un rápido deslizamiento por la pista en pendiente.

La «jam-lider» había ya conseguido dos puntos para su equipo, pero la medio centro adversaria era la famosa Little Pinky. Una menuda morena de rostro agraciado, aunque la chata nariz no fuera de nacimiento, sino resultado de una salida fuera de pista.

Little Pinky, de espaldas, volviendo la cabeza, esperaba a la que acudía a toda velocidad. A su vez, ella adquirió velocidad. Los espectadores lanzaron alaridos de entusiasmo, porque la colisión iba a ser inevitable. Little Pinky no iba a permitir otro punto más en contra.

Curt Seldom se olvidó por unos instantes del problema Mortimer-Holden. El alboroto adquiría caracteres de manifestación de energúmenos y era fuertemente contagioso.

Se levantó también de su asiento para increpar furioso al juez de pista que, desde su céntrico sitial, acababa de señalar con el banderín reglamentario, la penalidad contra Little Pinky.

El «jam» había terminado. Little Pinky se defendía del ataque de la que, de nuevo en pie, pretendía vengarse del alevoso tirón de cabellos. Pero entraba el equipo masculino, que más noble, separó a

las contendientes, con bromas alusivas a las multas.

Más bronco, pero menos avieso, el equipo masculino a quien correspondía el primer *sprint*, fue dando las vueltas necesarias para tomar la velocidad de impulso.

Curt Seldom se desentendió de la pista, porque a su lado acababa de sentarse una mujer. Vestía deportivamente, jersey azul, falda blanca y mocasines tobilleros.

Una espléndida morena de claros ojos.

—Usted es Curt Seldom.

—Nunca sospeché que fuese tan célebre entre las apabullantes y despampanantes «Roker».

—Entró en la pista a las seis y media. Mi compañera de equipo es Sonia Lassen y ya debió exponerle algunas cosas, ¿no?

—Lo que me expuso, era puramente verbal, desgraciadamente —suspiró el detective—. Me dijo que fuese a su pensión, pero allá solamente me encontré con una misiva en la gerencia, para que viniera aquí o regresara a la pensión a las ocho y media.

—¿Usted solo?

—No. Con mi cliente. Y a todo eso, guapa, ¿quién es usted?

—Sarah Viggot.

—Vaya, vaya con Sarita… Hasta salió en los periódicos. Usted es la que le pegó un mordisco a una rival en salva sea la parte.

—Los nervios son malos consejeros. ¿Por qué no ha venido usted con su cliente?

—No le gusta patinar. Me espera en la oficina.

—¿Su cliente es generoso?

—Me dio quinientos de paga y señal.

—¿Para qué?

—¿Usted es patinadora caníbal o preguntona gratuita?

Sarah Viggot, capitana del segundo equipo «Westies», tenía mucha malicia en los claros ojos.

—No creo que ni usted ni yo trabajemos nunca gratis, Seldom. Si un cliente le paga quinientos, y otro mil, ¿en qué equipo juega?

—En el suyo, monada.

—No soy quien paga, Seldom, sino el que está en mi camerino. Tengo uno individual.

—¿Con calefacción o refrigerador?

—Depende de quién entra. No sea gracioso. ¿Viene?

—Con usted, hasta patinando, si es preciso.

Se levantó ella, y algunos espectadores le dirigieron comentarios de diverso calibre, a los que ella contestó con el mismo gesto: juntando las manos en saludo de artista agradecido.

A un lado del bar estaba el corredor de acceso a los camerinos, custodiado por robustos empleados. Pero Sarah Viggot, enlazando el brazo derecho de Seldom, le concedía el libre acceso.

Abrió una puerta marcada con una estrella color naranja. Un camerino aséptico. En una silla, Sonia Lassen, equipada ya, con los patines en el regazo, parecía absorta en meditaciones poco agradables.

A su lado, en pie, un individuo de afilado rostro y puntiaguda nariz respingona, parpadeaba inquieto.

Cerrando la puerta, Sarah Viggot manifestó:

—Éste es el detective. ¿Me quedo o me voy?

Arthur Crosby se esforzó en demostrar finura.

—Te agradecería nos dejases a Sonia y a mí con este señor. Gracias, Sarah.

Sarah Viggot abandonó su propio camerino. Crosby le sonrió al detective. Éste contemplando a Sonia, dijo:

—Cómo puede apreciar, he aceptado su invitación. Pero no pensaba verse conmigo en la pensión, habérmelo dicho habría ahorrado gasolina y tiempo. Me gusta el «Roler». ¿Y a usted, señor Crosby?

—Me encanta. La señorita Lassen, por si lo ignora, es mi novia. Me llamo Arthur Crosby. Me permití enviarle a Sarah, informándole de que usted era detective privado y le hice una promesa. Regalarle un broche a su gusto, si ella le ofrecía duplicar el precio que le paga su actual cliente.

—Huele a soborno este broche, señor Crosby. Pero somos hombres de mundo y sabemos que un billete de mil es la mejor escoba para barrer los escasos escrúpulos que uno puede tener.

—Debió extrañarle que mi novia, cuando oyó citar a Gavin Holden, le invitase a telefonearla a su pensión, pare informarle.

—Si yo me extrañase tan fácilmente, hubiese elegido otra profesión, señor Crosby.

—La invitación de Sonia incluyó a su actual cliente.

—Larry Mortimer prefirió esperarme en mi oficina.

—Sonia… Hablaré a solas con el señor Seldom. No te arriesgues demasiado en la pista, querida.

Sonia Lassen abandonó el camerino. Curt Seldom se instaló en la silla por ella abandonada.

Arthur Crosby vestía elegantemente, pero con detalle chillones.

—Me gustaría hablar claro, Seldom.

—Por mí, dese el gusto.

—Si le entrego mil dólares, ¿tengo derecho a saber cuánto le haya confiado Larry Mortimer?

—Haga la prueba.

De un billetero ribeteado de oro, extrajo Crosby un billete de quinientos y lo presentó:

—El resto al final de nuestra charla.

—De acuerdo, empiece la prueba.

—¿Por qué fue a buscarle Mortimer?

—Dijo que tenía amnesia y que le interesaba encontrar a un tal Gavin Holden. Yo le indiqué que Compton, dueño del bar «Dingo», de Pacific Street, era un excelente informador. Pero Compton negó rotundamente conocer a Gavin Holden, ni de oídas. Y entonces, su novia de usted, me susurró que ella sí sabía quién era Gavin Holden. No dijo más, y se marchó. Se lo repetí a Mortimer, el cual pareció atacado de furor malsano, aunque por suerte, contenido. Me expuso que no recordaba de nada a Sonia, pero que era urgente adivinar dónde estaba la trampa.

—¿Y no le ha dicho Mortimer quién es Gavin Holden?

—Ni palabra.

—¿Y usted cree en la amnesia de Mortimer?

—El cliente siempre tiene razón, amigo mío.

—Está usted embarcándose en un mal asunto, Seldom, si continúa parapetando a Mortimer.

—Mal puedo yo parapetar a un héroe que tomó por asalto, casi a solas, toda una colina vietnamita. Él me dijo que me necesitaba como cerebro y que no debía separarme de él ni un segundo, pero cuando veníamos hacia aquí, se desdijo. Me pidió la llave de mi despacho y me indicó que tan pronto averiguase lo que tenía que decirme Sonia, fuese a comunicárselo.

—Mortimer se ha vuelto muy confiado.

—Supone que quinientos de paga y señal me convierten en

digno de su confianza.

—Apártese de este supuesto héroe.

—Es legítimo.

—Pero antes de ir al Vietnam, era otra cosa muy distinta, aunque la policía lo ignora. Casi convendría más que regresase al Vietnam, o que hubiese muerto allí gloriosamente. Según me afirmó, usted de nada se asombra. Hay quién daría bastantes billetes por ver a Mortimer de nuevo en Vietnam, o incapacitado para molestar.

—Este alguien, ¿es Gavin Holden?

Rió Crosby a borbotones incontenibles. Con un sarcasmo de íntimo refocilamiento. Al cabo de unos instantes replicó:

—El problema puede ser interesante, según se enfoque, Larry Mortimer es ahora un héroe, y si muriera de mala manera, aquí, en suelo civilizado, su muerte armaría alboroto.

—Hay modos y maneras de morir.

—Larry Mortimer participó en un asunto muy sucio Seldom. Un asunto que los federales nunca han aclarado. ¿A qué ha venido Mortimer? ¿A confesarse a los federales?

—No habría venido a verme si tuviera tal intención.

—Esto es lo que hemos deducido.

—¿Hemos…?

—El caso es que si encontraran a Mortimer muerto, hallar al autor, éste ganaría diez mil dólares. Usted puede conocer asesinos profesionales. Cómo ve, soy claro.

—¿Tanto miedo le da el regreso de un héroe, señor Crosby?

—Disfruto de una posición sólida y no quisiera perderla. Hemos considerado muy normal que Larry Mortimer se haga acompañar por usted, como si necesitara un peligroso testigo. Me gustaría poder hablar con Mortimer, pero evitando que éste, con su mal carácter de camorrista, me impida hablar.

—Tiene fácil arreglo. Él me espera. Puedo dejarle en condiciones de escuchar sin interrumpirle, señor Crosby, Vale tres billetes más como éste.

—De acuerdo. Espéreme en su coche, Seldom.

—Le espero.

Curt Seldom, al salir del local daba vueltas a un interrogante: ¿qué secreto poseía Larry Mortimer que valía diez mil dólares para

quien lo asesinara?

CAPÍTULO VII

Larry Mortimer avanzó hacia el taxi seguidor, cuyo chofer debió considerar muy urgente encogerse de hombros en gesto de excusa.

La portezuela posterior se abrió, y descendió Jessica Mortimer.

—Hola, hermana. ¿No te parece que nos costará menos el emplear un solo cacharro?

Jessica Mortimer tendió un billete al chofer, que muy aliviado pisó el embrague.

—Mi padre me envió a recoger el «Mercury» a Bay Mission. Le he estado siguiendo desde que dejó el coche. Me había anticipado a su salida de casa. ¿Por qué ha vuelto a San Francisco?

—Me trajeron, hermana, y además habrás leído el comunicado médico. He perdido hasta tal punto la memoria, que ni siquiera a ti mi hermana, te reconozco.

—Usted sabe perfectamente que nos tiene aterrorizados. Y yo le he seguido para suplicarle que no remueva cenizas.

—¿Cenizas?

—Sabe perfectamente de lo que hablo. No finja conmigo. Si le hicieron una mala jugada debió vengarse entonces, no dos años después.

Parecían dos novios enzarzados en solemne discusión, al borde de la acera del parque poco transitado. El cercano farol, iluminándolos, desmentía para un observador perspicaz la idea de que fueran dos novios.

—Sería trágico si no fuera grotesco, Jessica. ¿Por qué que dice ser mi padre, no me inspira el menor cariño?

¿Por qué tú, mi hermana… me tratas de usted?

—Hice un juramento como tía Rosa y como mi padre. Lo cumplo.

—¿Qué juramento, maldición?

—No me ponga a prueba. Juré y no debería siquiera interesarme

por usted. Deje ya a Crosby y a Parkington. Olvídese ya de Teresa. Lo siento. No debí citar este nombre. Lo había jurado.

Larry Mortimer se acercó más, y cogió por el codo a Jessica Mortimer.

—¿Por qué tiemblas, nena? ¿Tanto miedo doy? ¿No soy un valeroso ciudadano condecorado? ¿Cómo he de decirte que es verdad que tengo el cerebro que no carbura, según dictaminó el médico? No durará, pero mientras es para volverse loco. ¿O lo estoy? Has hablado de Teresa Holden.

La estoy buscando. Vas a ayudarme.

—No. Usted sabe perfectamente lo que hemos jurado los Mortimer. Usted nos está poniendo a prueba a todos los que conocemos su secreto. Y no está bien. Vivíamos tranquilos hasta que volvió.

Larry Mortimer sacudió por el codo a la muchacha.

—¡Condenación sobre ti, Jessica, si no me hablas pronto!

Ella, dilatados los ojos, miró en rededor, y suplicó precipitadamente:

—Suélteme… Suélteme…

Un policía uniformado se aproximaba cachazudamente. Tocó el borde de su visera para después mirar con reprobación a Mortimer.

—Mi joven amigo, si la señorita no está conforme, no la sacuda. No son maneras.

—¡Es mi hermana y métase en lo que le debe importar!

—Vaya, vaya… ¿Agresivo, nervioso y tal, no, mi joven amigo?

Jessica Mortimer juntó las dos manos, casi en fervorosa súplica:

—No sabe lo que se dice, y es mi hermano. Mejor será que me acompañe hasta que encuentre un taxi, ¿quiere?

El guardia se rascó la sien, mirando dubitativamente Mortimer. Éste hundió rabiosamente las manos en los bolsillos.

Jessica Mortimer asió ahora el brazo del guardia, que preguntó:

—¿Está conforme que se vaya su hermana, mal genio o nos vamos los tres a comisaría?

Larry Mortimer dio media vuelta para alejarse a paso largo. El guardia hizo ademán de seguirle, pero Jessica le contuvo.

—Es mi hermano, y está un poco desquiciado.

—¿Sí? Pues peor aún.

—Está convaleciente y regresó hace tres días del Vietnam. Se

llama Larry Mortimer y yo soy Jessica Mortimer. Me reprochó el haberle seguido. Hice mal en seguirle. No está loco ni es peligroso. Tiene amnesia. Llevo aquí el informe médico. Es copia. Y mi documentación.

—Bien, bien, no se inquiete. No ha pasado nada. Pero será mejor que se vaya a casita, ¿eh? Déjeme tomar nota de sus apellidos y dirección, Jessica Cuando yo llegué, tenía usted una cara muy asustada. Y realmente, tiene mal genio su hermanito. Déjeme echar un vistazo al informe médico, mientras la acompaño a sitio más concurrido.

En un taxi, dio Jessica Mortimer la dirección de Bay Mission, en que aparcaba el «Mercury». El guardia, insertando su libreta en la funda horizontal de su guerrera, prosiguió su ronda.

Larry Mortimer, caminando hacia Sunset Avenue, trataba de apaciguarse. ¿Por qué latían tanto sus sienes? ¿Por qué aquella simple palabra, «cenizas» le producía aquel desagradable sabor de boca?

Era un simbolismo. Había querido ella significar que el pasado era mejor no removerlo.

«Cenizas…». Hubo como un pequeño fogonazo ante sus ojos. Se detuvo para apoyarse en la pared, junto a un escaparate.

Una fugaz visión, de un camión con las ruedas girando hacia el cielo, llamas prendiendo.

Sacudió la cabeza. Una voz preguntaba:

—¿Se encuentra mal?

Miró hasta reconocer a otro guardia. Una especie de fauna abundante y demasiado solícita.

—Un vahído. Me da de vez en cuando. Nada importante, guardia.

Hurgó en su bolsillo, hasta extraer el disco dorado, que se insertó en la solapa. El guardia se convirtió de oficioso en paternal.

—Muchacho… No debería salir sólo si está convaleciente. Sobran señoritas enfermeras que estarían muy orgullosas de acompañarle.

—Un buen consejo. Iré a buscar a una.

—Eso es, muchacho. Suerte, muchacho.

El guardia se alejó con su mesurado paso tras saludar casi marcialmente, con sonrisa afectuosa.

Y Larry Mortimer sintió renovarse su íntima furia en la neblina de su cerebro. ¿Por qué le emocionaba la cariñosa actitud de un guardia?

Estaba seguro que él despreciaba a todo lo que fuera Ley, y organización policíaca.

Llamó a un taxi, y mientras se dirigía hacia Chinatown, se esforzó en dejar de pensar. Seguía viendo un camión ardiendo… Cenizas…

Notó que sus ojos ardían febrilmente. Y de pronto todo dio vueltas alrededor del taxi. Lo último que pensó fue que ya sabía quién era Gavin Holden.

El chofer, frenando en seco, chilló:

—¡Ey, guardia! Un pasajero que se ha desmayado.

CAPÍTULO VIII

Larry se incorporó para sentarse en el diván de la farmacia y droguería, en cuya trastienda, solícito, el farmacéutico, el taxista y una mujer que dejó de abanicarle, le miraban cariñosamente, inquietos.

—Pasó. Me dan vahídos. Vuelvo a casa. Gracias. ¿Debo algo?

—Nada, muchacho, nada. Pero no debería andar solo.

Se levantó, aceptando el brazo que le tendía el taxista. Era casi agradable aquella sensación de ver humanidad cordial en su alrededor, cuando llevaba en el ojal de la solapa su condecoración.

Fuera había un grupo de curiosos, que despejó el chofer, comentando:

—Circulen, circulen. El muchacho está ya en forma.

«El muchacho»… Eso era para guardias y gente decente, que sólo veían su condecoración. El chofer casi cayó al interior, al pretender ayudarle a sentarse.

—Ya pasó, amigo. Lléveme a la dirección que le indiqué.

—Ya mismo, capitán —sonrió el taxista.

Generalmente aquella gente era indiferente o grosera. Pero se convertía en cariñosa para el «héroe».

Descendió en la estrecha bocacalle, y casi tuvo que emplear la fuerza para colocar un billete en manos del chofer, diciendo:

—No hay razón para que trabaje gratis. Voy a licenciarme.

Se alejó hacia el portalón de acceso al despacho de Seldom. ¿Licenciarse? Pensó en Alcatraz. Ya sabía por qué le estremeció la isla del presidio. Subió las escaleras, y empujó la puerta tras introducir la llave prestada por el detective. Tardó en encontrar el interruptor. Y estimó más prudente esperar en el sillón dotado de almohadones que solía acomodar la compacta anatomía de la secretarla.

Un sujeto simpático en su granujería, aquel pelirrojo tramposo.

¿Tramposo? Colocó los pies sobre el reborde de una mesita, y cruzando las manos sobre el estómago, miró hacia la puerta.

Si Arthur Crosby había creído convencer a Seldom, o éste se había olvidado de sus diez minutos por año de «oro ley», él dominaba la situación. Como la creía dominar, dos años antes, hasta que recibió aquella carta de Teresa Holden… Teresa…

Era bonita, sin ser hermosa. Unos ojos picarescos, algo achinados. Una boca de crío, de fácil sonrisa y fácil llanto. Una piel muy lechosa. Un angelito malicioso, de claros ojos.

Introdujo la diestra en el interior del cruce de su americana. Los pasos que se oían podían ser los de «Mecenas».

La puerta se abrió de golpe, y pálido, contraído el rostro, Curt Seldom entró, para más que reclinarse, pegar con la espalda contra la puerta. Su mano derecha cerró tras él el pestillo. Su brazo izquierdo colgaba inerte. En vez de mano zurda llevaba un amasijo de tela enrojecida. Saltando en pie Larry Mortimer corrió hacia el detective. Había preguntas necias, y las omitió.

Lo enlazó por la cintura y Seldom indicó:

—Aquella puertecilla oculta un cochambroso lavabo. Hay alcohol, gasas y trastos.

—¿Te han dado caza?

—Casi… Pero llegué sin ser seguido.

En el lavabo, Seldom se dejó caer en un taburete.

Se mordió los labios, mientras su «cliente» le quitaba la americana. Fue experto el rasgón con el que, de arriba abajo, arrancó el sargento voluntario, la manga de la camisa tinta en sangre.

—La bala está quemando condenadamente, Larry. Y nunca me han gustado los médicos. Hacen preguntas.

—Calla y muérdete el puño.

Curt Seldom calló y se mordió el puño derecho, cerrando los ojos. Era salvaje aquel modo de curar. Los dedos de su curandero, eran hierros en rededor del bíceps.

—Va bien. La veo claramente, Seldom. Tienes una sangre hermosa. No sé si toca hueso. Puede que te desmayes. Eso nos pasa. No te estoy vaciando la bolsa. ¡Ajá! Un cuchillo. Eso de la desinfección es relativo, ¿sabes? Después, con alcohol por dentro, desinfectado…

Curt Seldom gimió lastimeramente. Casi estaba por chillar argumentando que prefería conservar la bala en la carne del bíceps, a tener que ser acuchillado.

Un escozor que le recorrió todo el cuerpo, le galvanizó.

Abrió los ojos. Ya de espaldas, Larry Mortimer tiraba al suelo un trocito de plomo.

El sargento conservaba la mano izquierda sobre las gasas impregnadas en alcohol, que penetraba en la brecha sangrienta. Se volvió.

—Lo llamábamos allá un tiro de suerte, Seldom.

—Lo ha sido. Y no me van a dar ninguna medalla, aunque no puedo quejarme, porque he cobrado quinientos dólares de Crosby. Un trago, Larry… En mi despacho, cajón tercero a mano izquierda del sillón en que medito.

—Aprieta la brecha.

Poco después regresaba con un frasco de coñac, de cuyo gollete succionó con avidez Curt Seldom, mientras le vendaba con tiras de toalla el bíceps.

Una esponja chorreó por todo su brazo, quitando la sangre. Abrió la mano, soltando el pañuelo.

—Voy resucitando, Larry. Pero si te da igual, quedémonos aquí. Estás bien colocado para ver si alguien intenta abrir mi puerta. Han de saber mi dirección y que he escapado.

—Veo la puerta y está cerrada por dentro. ¿Cómo fue la cosa?

—Una patinadora, morena de ojos picaros, se sentó a mi lado, al poco de llegar. Le extrañó que acudiera solo. En su camerino de capitana, había alguien que me daba el doble que me pagaba mi actual cliente, o sea tú. Fui. Estaba Sonia, algo alarmada, por si yo aludía a su segunda entrevista. Demostré que sólo la había visto en el «Dingo». El tipo de cara zorruna, me dijo que se llamaba Crosby. Dio bastantes rodeos, pero te valoraba en diez mil dólares, por su cuenta y la de otro u otros que no citó. Diez mil dólares si morías sin armar escándalo. Es decir, arreglando yo el modo de que viniera aquí, sin que tú pudieras armar camorra.

—Otro trago, Curt. Eres oro de ley.

—Nada como el coñac para tonificar el ánimo. Resulta que tú puedes comprometer la rica situación de algunos, que piensan que finges la amnesia y Crosby quería saber si me habías dicho quién

era Gavin Holden. Me dijo que estaba embarcado en un mal asunto, al parapetarte a ti. Que hubiera sido mejor que murieras en Vietnam, gloriosamente. Que alguien daría a gusto diez mil dólares si regresabas al Vietnam… o te morías poco gloriosamente. Y quedé fuera, en mi coche alquilado.

Fue el oyente el que ahora bebió de la botella.

—Me metí en el «Chrysler» para conducir hasta la fachada posterior. Salió Crosby… y yo di todo gas. No huelo la pólvora antes que me queme, pero si identifico un silenciador y su fogonazo. Le soplaron por lo menos cuatro plomos a Crosby, en sordina, y yo no pedí el resto de la cuenta. Di gas, sin saber si tenía la bala en el brazo izquierdo, o en el cogote. Viré, y conduje menos deprisa. A estas horas, estarán preguntando en el «Acuarium», y no sé cómo callar la novia de Crosby, y la morena Sarah. Si no vienen los que han silenciado a Crosby, vendrá la policía, Larry. Tengo una fama especial entre la policía. ¿Estás en condiciones de soportar un interrogatorio federal?

—Yo sí. ¿Y tú?

—Depende de lo que a estas horas hayan dicho Sonia y Sarah, la emisaria segunda de Crosby.

Me extrañaría que Sonia nos cite, y en cuanto a Sarah si te sirvió de embajadora para Crosby, callará. Pero si puedes andar, vámonos a otro sitio.

—Mejor. Puedo andar, porque lo hago con las piernas. Lo malo es que la americana está sucia. Pero tengo una gabardina.

Curt Seldom esperó de pie. Le ayudó el sargento voluntario a enfundarse en la gabardina.

—¿Dispararon desde dónde, Curt?

—A mi derecha, o sea desde la fachada del local. Pero yo no pretendo lucir esta medallita, y el «Chrysler» funcionó a las mil maravillas.

—Tal vez la bala que te alcanzó no iba destinada a ti…

—Eso me recuerda al que atropellan entre las hileras de clavos para peatones. Tiene toda la razón, pero se muere.

Tras la puerta, antes de abrirla, dijo el sargento:

—La cosa se precipita, Curt. Aquí, bien encerrado, estás a salvo.

—He cobrado, ¿no? Además existe un vicio llamado curiosidad que no es privilegio femenino. Si te matan, vales diez mil dólares, lo

cual significa que vivo vales diez veces más.

—Lo menos…

Abrió la puerta, manteniendo la diestra en el interior de su americana.

Tras él, Curt Seldom imitaba su gesto.

Bajaron las escaleras, con normal actitud. Dos mujeres y un hombre discutían algo referente a un dentista poco meticuloso. En la estrecha calle, una chiquilla gritó:

—¡Señor Seldom! Papá quiere saber cuándo devuelve usted el coche.

—Mañana, niña; mañana.

Ocupó el volante el sargento, y a su lado con cierta dificultad, se retrepó Seldom.

Una calle estrecha con mucha gente, que se apartaba sin prisas al conjuro del claxon. Otra más amplia, la de teneros orientales, y a veinte metros, la ampliación de Nob Hill y el tramo de ferrocarril aéreo.

Pisó más a fondo el acelerador el sargento, comentando:

—Vamos a un sitio llamado Pinar Nevado. ¿Lo conoces?

—Creo que al Sudoeste, hacia Santa Clara.

—Ramal Oeste, sobre la bahía. Un panorama de granjas, allí está la que pertenece a los Mortimer.

—Parece que al pronunciar el apellido, recargas la nota desdeñosa.

—De los cuatro Mortimer, sólo Jessica es decente.

—No me gusta eso, Larry. Al fin y al cabo, la familia es la familia.

—Eso digo yo, si los Mortimer fueran mi familia.

—No compliques más las cosas, guerrero. Me hablaste de tía Rosa, del viejo Joe, tu padre y de Jessica, tu hermana.

—Te pertenece seguir en mi barco, Curt. Yo no soy Larry Mortimer.

—En el ejército os toman las huellas dactilares… No cabe que sustituyeras a un cadáver destrozado en el campo de batalla.

—Es que lo sustituí entre las cenizas de un camión ardiendo, boca arriba. Yo soy Gavin Holden.

CAPÍTULO IX

Curt Seldom boqueó como un pez fuera del agua. Se acarició, por encima de la gabardina, el vendaje.

Gavin Holden siguió conduciendo en silencio. Un rictus que quería ser cínico, crispaba su boca.

—Sobre locos no hay nada escrito —comentó Seldom—, pero si tienes la facultad de razonar, es que no estás par; que te encierren, Larry. Tu padre, tu tía y tu hermana t; esperan en el muelle, ¿no? Tu documentación militar este extendida a nombre de Larry Mortimer, y en la oficina de reclutamiento de voluntarios, exigen la presencia de un familiar, que asiste a la toma de las huellas dactilares.

—Joe Mortimer y tía Rosa vinieron conmigo, dando fe de que yo era Larry Mortimer. También los federales que persiguieron un camión, dieron fe de que entre las cenizas había perecido Gavin Holden. El jefe de una pandilla de contrabandistas, que no quiso parar el camión cuando les federales le dieron el alto.

—Bien. Si Gavin Holden quedó hecho papilla con camión…

—Era Larry Mortimer, con el reloj brazalete, el dije y un anillo propiedad de Gavin Holden. El metal no se fundió… Ya estás embarcado, Curt. Te corresponde saberla todo.

—No estás obligado.

—De algo hay que hablar, y viste morir a Arthur Crosby… como yo vi morir a Larry Mortimer sin poderlo remediar. La cosa empezó así. Hace dos años y medio.

—Hace menos de dos horas no carburabas.

—Hasta que oí la palabra «cenizas», y recordé un camión ardiendo en una hondonada. Hace dos años y medio o menos, yo, Gavin Holden, residía en Sacramento, accidentalmente. No me gustaba trabajar, y tenía bastante suerte en las carreras de trotones. Pero salí de San Francisco porque me convenía respirar una

temporada otros aires, Me había creado fama de «terror» entre los granujas de poca monta. Yo era Gavin, el que no se dejaba pisar un callo. Hubo una reyerta y preferí escapar antes de que la policía me hiciera la ficha. En Sacramento conocí a Teresa. Me pareció distinta a las demás. Una manicura. Pero me careció distinta y le gusté. Tenía ahorros y nos casamos.

La carretera ascendía, espaciándose ya la urbe.

—Amor a troche y moche, hasta que los ahorros se acabaron. Y vino a verme Larry Mortimer. Le conocí de Frisco. Un sujeto que se jactaba de ser la desesperación de su papá. Un tipo listo. Me pidió unos billetes prestados, y le dije que estaba limpio. Pareció complacerle la noticia. Según él, había cierto «Mecenas» que capitalizaba un gran negocio, pero era necesario alguien con agallas. Yo.

Curt Seldom escuchaba ojos cerrados. Le gustaba imaginar como si lo viera en una pantalla, lo que estaba oyendo.

—No podía revelar quién era el tal «Mecenas», ni a mí me interesaba. Yo sólo quería ganar dinero, porque no quería que Teresa volviera a barnizar uñas. El negocio era sencillo. El «Mecenas», por intermedio de Larry, me entregaba dos mil dólares. Con ello podía pagar el primer plazo del camión, y adquirir licencia de transportista en el sector Sacramento, Bahía, y Sur hasta Santa Bárbara. Daría a entender que se me habían dado bien las carreras. Pero yo tenía que elegir a dos tipos, y les tenía que imponer como condición no enterarse de la carga.

—¿No tenía agallas Larry?

—No. Cerebro. Mucho cerebro, Yo elegí a Arthur Crosby y a Gene Parkington. Recibí de manos de Larry dos mil y adquirí un «Stewart» a mi nombre, firmando un compromiso de pagar cada mes, un plazo, y Larry comprobó que como era el deseo del «Mecenas» inscribía con nombres falsos a Crosby, Parkington y al mismo Larry. Dos semanas cargando fardos que dejaban un escaso beneficio. Y Larry tocó el tambor. Había llegado el momento de ganar los billetes, pero era preciso una persona enteramente de confianza. No podía ser ningún granuja. Alguien plenamente seguro. Se trataba de contrabando de pieles australianas. Burlar el fisco suponía miles y miles. «Mecenas» sabía donde recoger las pieles, pero ¿quién me las entregaría para cargarlas en el camión?

—Tú te confiaste a Teresa.

—Así fue. Le dije que era un contrabando inocente. Que sólo trabajaría unos meses y tan pronto reuniera veinticinco mil, nos iríamos ella y yo a otro Estado. Ella se resistió, y yo supe ser elocuente. Aceptó. Larry era el portavoz de «Mecenas», que aceptó cómo garantía inmejorable que la intermediaria del «gang» contrabandista de pieles fuese mi esposa. Larry le comunicaría a ella el sitio donde encontraría las cajas de pieles, y me las entregaría. Si yo respondía de la discreción de Crosby y Parkington, que manejaba el segundo camión adquirido también a mi nombre, con mayor motivo tenía que ser discreto. Le indiqué a Teresa que bajo ningún concepto se sintiera femenina, o sea, curiosa. Lo juró.

Una brusca carcajada arañó el oído de Curt Seldom.

—Todo iba como una seda. Teresa esperaba en sitios distintos, y cargábamos el alijo. Era natural que mi esposa me acompañase de vez en cuando. Los dos camiones con su suplemento de carga, quedaban en el garaje, y yo me iba a casa con Teresa, cerciorándome de que Crosby y Parkington nunca tocaban una sola caja. Al día siguiente, en los dos camiones transportábamos las cajas de pieles. Sólo dos o tres por viaje. Pieles de marta y zibelina, dijo Teresa.

—Defraudación al fisco, son a lo más dos años de cárcel, Gavin. Y es mejor que despeñar el camión.

—Eso le dije a Larry, cuando un coche federal surgió en un cruce, haciéndome señales de que parase. Larry se acurrucó, y yo celebré que en aquel viaje no tomase parte el segundo camión ni Teresa. Pero llevábamos tres cajas. Apreté a fondo el acelerador, porque Larry lo suplicaba con frenesí. Estaba verde de pánico. No eran más que pieles de cordero lo que contenían las cajas, pero había unas cajitas entre las pieles. Con opio para los fumaderos. Catorce años de presidio…

—Ni un mes menos.

Frenó Molden para detener la marcha en la entrada de un sendero.

—Los federales no me creerían si les decía que yo no sabía nada, y que me suponía ser un tipo con agallas, discreto, llevando pieles caras, por cuenta de un desconocido «Mecenas»… Había muchas curvas, y le indiqué a Larry que en una de ellas debíamos saltar,

porque los federales nos iban a dar alcance. Le expliqué que era preferible unos arañazos. Cuando yo frenase en seco, él debía mantener la puerta de su lado abierta, y saltar. Se puso muy nervioso. Yo frené en el sitio oportuno, y le grité que saltara. Yo salté y bajé rodando una ladera. El camión dio varias volteretas y llegó antes que yo al fondo de la hondonada. El coche de los federales pasó de largo. No debían volver hasta no ver el fuego que prendía en los matorrales del fondo. Matorrales que amortiguaron mi caída hacia abajo. El camión ardía y Larry se había roto la cabeza en el interior de la carlinga. Estaba muerto.

—Y entonces tú le quitaste lo que pudiera identificarle y colocaste tu reloj brazalete, tu dije y el anillo.

—Lo hice, y vi cómo los federales acudían. Sólo recogerían un cadáver calcinado con tres joyas llevando mi nombre. El único que conocían como dueño de dos camiones. El segundo camión apareció también calcinado. Obra de Crosby y Parkington. Pero ellos estaban a cubierto. Llevaban otros nombres. Yo siempre fui el que dio la cara. No podía avisar a Teresa personalmente. Telefoneé desde un hotel de Santa Bárbara. No estaba. En mis bolsillos llevaba todo lo que recogí de los de Larry Mortimer. Había una carta, en cuyo sobre reconocí la letra de Teresa. Me decía que no podía resistir más el ser la esposa de un bandido como yo. Que no nos volveríamos a ver. Que entregaba aquella carta a Larry, para que éste me la diera. Me había querido, pero yo iba a tener un mal fin, y ella no quería presenciarlo. Era una chica decente.

—¿Sí?

—Se llevó mis billetes, pero me consta que era irreprochable desde el punto de vista conyugal. Fue mi esposa casi medio año. Reflexioné que los Mortimer esperarían noticias de su hijo. Y la policía no conocía a ningún Larry.

Mortimer como contrabandista de opio. Fui a esta granja que allí ves al final del sendero.

—¿Te conocían ellos como Gavin Holden?

—Joe Mortimer fue estoico y sublime. Ordenó a su cuñada y a su hija que salieran al salón. Admitió que Larry le había explicado el negocio, pero hablando de pieles, y que sabía quién era yo. Comprendió perfectamente que la muerte de Larry no era sino un accidente. Yo le entregué todo lo que llevaba encima Larry, menos

la carta de Teresa, Había veinte billetes de mil. Le dije que de nada serviría revelar a los federales que el cadáver de Gavin Holden era el de Larry Mortimer.

—Paz a las cenizas de Larry, ¿no?

—Así fue. Y me recomendó que huyera lejos. Me ofrecía hospitalidad, pero sería mejor que huyera lejos. Y entonces le propuse que me facilitara una decorosa huida: Vietnam. Llamó a tía Rosa y a Jessica, y les hizo jurar solemnemente que siempre me llamarían Larry, y que si en Vietnam moría un Larry Mortimer, sería honroso. Jessica se oponía, pero las lágrimas de tía Rosa y la digna actitud paternal la hicieron jurar. Y Joe Mortimer, con tía Rosa, me acompañaron a la oficina de reclutamiento, firmando su aceptación de mi enrol. Todo en regla. Y sólo a bordo empecé a pensar que yo era un cobarde.

—Hiciste lo mejor, Gavin. No valía la pena perseguir a Teresa, la rata que abandonó el barco que hacía agua.

—En las noches de centinela se piensan mil tonterías. ¿Estaba Teresa en complicidad con «Mecenas» y Larry para engañarme? ¿Sabía por «Mecenas» que los federales iban a registrar mi camión? Me entraban momentos de depresión En el primer arrebato depresivo ascendí a cabo, con citación personal. Puede que Sonia tenga razón. ¿Buscaba yo suicidarme? Ascendí a sargento al año y medio. Todos me consideraban un mercenario camorrista, un valentón suicida Aguardé el término de los dos años de alistamiento, puesto a remover cielo y tierra hasta dar con Teresa Holden. Conseguí leer unas declaraciones suyas. No tenía la menor idea de que yo fuera un contrabandista. No sabía quiénes podían ser los tres cómplices fugitivos. El periodista casi encontraba crueles a los federales interrogando a la viuda irreprochable, víctima de un bandido como yo. Había recuperado su nombre de soltera. Un feo apellido.

—Este que viene allí, con su linterna…

—Joe Mortimer.

El robusto y canoso Mortimer vino a acodarse en la ventanilla.

—Me intrigó el coche parado, Larry. ¿Un invitado tuyo?

—Sí. Un detective privado. El señor Curt Seldom.

—Encantado de conocerle, señor Seldom.

—Creo que no le encantará, Joe. Sabe que soy Gavin Holden.

—¡Santo Cielo! Debiste… debiste pensar en nosotros, en ti mismo, en nuestro juramento…

—Han matado delante de él a Arthur Crosby. ¿Quiénes? Usted lo sabe, viejo.

—¡Santo cielo!

—Deje en paz las alturas, Joe. ¿Cuántas personas sabéis que Larry Mortimer es Gavin Holden? Yo, y tres Mortimer… ¿Por qué, pues, me quiere o quería eliminar Arthur Crosby? Era ya un hombre rico…

—Te pudo ver por la ciudad.

—¿Sí? ¿Y antes de llegar el sargento Larry Mortimer, enviaba él a su novia a esperarme? ¿Y consultaba a diario la «*Vietnam Gazett*»?

—Me duelen tus palabras. Yo soy el último en desear que se sepa que tú no eres Larry Mortimer… Y en cuanto a tía Rosa y Jessica, las pobres… Jessica me ha dicho que entraste en el «Dingo». Allí iba mi hijo.

—Y también fui yo unas pocas veces, aunque entonces no era el dueño Frank Compton. ¿Quién le dijo a Crosby que el sargento Mortimer era en realidad Gavin Holden, sí solo lo sabíamos nosotros cuatro?

Había bajado del coche Gavin Holden. Joe Mortimer se cruzó de brazos.

—Como quieras, Gavin. Yo soy el primero en lamentar…

—Un momento, Gavin —y Curt Seldom asomó el busto—. No debes acusar a este hombre. Hay una explicación que todo lo aclara. ¿Qué pasó cuando te ascendieron a cabo y te citaron? ¿Qué pasó cuando te ascendieron a sargento? Los reporteros se vuelven locos para dar fotografías de héroes.

—Sí, me retrataron y no lo pude impedir.

—Está claro. Casualmente, Crosby o Parkington hojean una «Vietnam Gazett» y ven tu retrato. Comprenden entonces lo que pasó en el camión, y se alarman. Leen a diario el periódico del frente, y cuando ven que el sargento Mortimer regresa con la aureola del héroe, empiezan a temblar. Viene el coco. Les buscará, preguntando por «Mecenas». Y tú preguntas por Gavin Holden. Frank Compton, al que no conocías, bien pudo reconocerte como el *gangster* Holden, y consideró tu pregunta como una prueba de si era

un chivato. Por eso dijo que no había oíd: nunca hablar de Gavin Holden, y te aguantó la provocación.

—De algo sirve tener un detective al lado, ¿no? Perdone, viejo, pero por un momento me olió usted a tramposo. He estado pensando que no fue tan gran favor el, darme los papeles de su hijo, y regalarme sus dactilares con su presencia en la oficina. Usted mismo reconoció que Larry me había engañado. Yendo a los federales, yo hubiera podido librarme. Ahora ya no hay remedio. Sigo siendo Gavin Holden.

—No…

—Lo sigo siendo, porque no descansaré hasta dar con Parkington y con Teresa Y sobre todo con «Mecenas». Un tipo muy listo. Casi seguro el que liquidó a Crosby, temiendo que éste, en vez de eliminarme, me informase.

—Harás lo que mejor te convenga, Gavin Holden. Yo mantengo mi juramento, y sólo tú puedes relevarme de su cumplimiento. Buenos días, señor Seldom. Aunque modesta, está en su casa.

Joe Mortimer se alejó con paso de abatimiento. Seldom murmuró:

—En parte tendría razón el viejo. Valdría más que continuaras siendo el sargento Larry. ¿Qué te importa ya saber si Teresa te engañó? ¿Qué te importa quién es el «Mecenas»?

—En el contrabando se ganó al menos medio millón…

—¿Quieres tu parte, Gavin Holden?

—Es muy mía, ¿no? Perdí mi esposa, y me acobardé, no gané unos cochinos billetes, jugando limpio creyendo transportar pieles, y el «Mecenas» se estaba riendo de mí… con Larry… y a lo mejor con Teresa.

—¿Has pensado que si me acerco a Parkington se puede repetir lo sucedido con Crosby? —apuntó Seldom.

—Por eso mismo, vas a quedarte en esta granja.

—Me metiste en tu barco, Holden. Seguiré llamándote Larry. Piensa en los Mortimer… Vas a hacerles encerrar por falsedad, y al fin y al cabo, te facilitaron una decorosa huida.

—Te escogí como lugarteniente. Hay billetes grandes a la vista, tan pronto demos con la pista de «Mecenas».

—Es verdad. He cobrado veinte por hora.

—Celebro que lo recuerdes. Esta noche dormiremos aquí.

Mañana leeremos los periódicos.

—Salvo si Sonia o Sarah han hablado de un tal Larry Mortimer, a quien Crosby parecía temer como la peste, los federales se plantan en la granja y nos copan.

—Sonia no hablará, y en cuanto a la llamada Sarah, no tiene por qué complicarse la existencia.

—Soy pelirrojo y conocido.

—Pudo llamarte Crosby para un asunto de tu profesión…

—Pudo llamarme para jugar los dos al tiro al blanco. En fin, en otras si no tan liadas, sí apuradas, me vi, y los federales gruñeron, pero no me quitaron la licencia. La soche se ha hecho para dormir.

Gavin Holden asintió, disponiéndose a subir al «Chrysler». Fue el momento que esperaba Curt Seldom, para emplear la mano derecha cerrada alrededor de la culata Un golpe científico para quitar el sentido al más robusto sin romperle la base del cráneo.

Gavin Holden quedó de bruces contra la portezuela. Las tinieblas invadieron su cerebro.

CAPÍTULO X

A las nueve y media de la noche, Curt Seldom había devuelto el «Chrysler» y recuperado la mayor parte del billete de cien dólares.

Cenó con un apetito voraz después de haber leído todos los periódicos de la noche, sólo en lo referente al asesinato de Arthur Crosby, en plena acera frente al «Acuarium» en su sección de salida del «Roler».

No se mencionaba para nada a Sarah Viggot ni a Curt Seldom. Tan sólo breves frases dedicadas al dolor de la novia de Crosby, la gentil Sonia Lassen.

Reconfortado por la cena y la lectura, Curt Seldom tomó un taxi para dirigirse a su oficina. Lo abandonó en la esquina.

Pasaban mujeres hacia sus nocturnas labores. Pero la que esperaba en el umbral no era mariposa nocturna.

—Buenas noches, Seldom.

—Lo son al verla a usted, monada.

—Mi amiga Sonia está preocupadísima. Hemos preferido citarle para nada a usted.

—Una discreción recomendable.

—La policía sabe que un «Chrysler» gris salió de estampida apenas cayó acribillado el pobre Crosby.

—Las fábricas «Chrysler» echan cada día a la calle una veintena de grises «roadster», según el Instituto Gallup. Yo no fui visto con Crosby, sino en su envanecedora compañía, Sarah.

Sarah Viggot insinuó:

—¿No dispone de un lugar ventilado, Seldom?

—Mi corazón y mi despacho.

—Me quedo con el segundo por unos instantes.

—El primero es de clase superior. No tropiece con, escaleras. El casero es partidario del ahorro de fluido. S ojos iluminan mi oscura soledad.

—Usted es un pícaro. Pero Sonia cree que es usted cómplice de asesinato.

—Las señoras primero —dijo Seldom, empujando puerta.

Sarah Viggot entró, examinando con cierto desdén antesala.

—El despacho es aún más cochambroso, Sarah.

Ella se sentó en un banquillo. Curt Seldom permaneció reclinado contra la puerta.

—Dice Sonia que fue Mortimer quien mató a Crosby y que usted hizo de «papel engomado».

—Con tanta propiedad que me saqué un plomo en este bracito. Puede tranquilizar a Sonia. Ni Mortimer mató a Crosby, ni yo me presté a ser cómplice de asesinato.

—Sonia irá a la policía, si usted no demuestra que no fue ese sargento Larry Mortimer el que mató. Ella confió en mí.

Curt Seldom, más que nunca, fue un regocijado Mefistófeles al adelantar los labios y preguntar:

—¿Cómo confió en usted Gavin Holden?

—¿Gavin Holden? —repitió ella, brillantes los ojos.

—Existe en la ciudad un libraco llamado Censo. Lo hay también en Sacramento. En la sección de matrimonios por mi consultada antes de cenar, se participa el enlace legítimo de Gavin Holden con Teresa Viggot. ¿Tiene usted una hermana llamada Teresa?

—Sí. Fue desgraciada en su boda. Reside en Méjico.

—Una casualidad. Yo tengo un hermano llamado Curtis y a lo mejor está en Méjico. No juegue conmigo como un ratón, Sarah.

—Rata asquerosa… —barbotó ella.

—¿En qué espejo se mira, Sarah?

—Sabe bien que me refiero a usted.

—No sea ingrata. Dígale a «Mecenas» que con cincuenta mil se asegura mi eterno silencio. Ha muerto Crosby… y Parkington estará corriendo como un gamo. ¿Vale, Teresa, morena de ojos claros, boquita de bebé, piel de natilla?

Teresa Holden respiró con ritmo de deportista. Curt Seldom contempló el magnífico busto, y admitió que aquella mujer podía inspirar un amor exasperante.

—¿Es Larry Mortimer quien le hace portavoz de su chantaje?

—No hay chantaje. ¿O lo hay?

—Usted habló con Crosby.

—Lo suficiente para saber a qué atenerme. La banda antigua, tiene nueva piel, y es de cordero.

—Eso sólo pudo decírselo Mortimer.

—Mortimer rindió cuentas hace un poco más de dos años. Su tumba, un camión ardiendo. Agárrese al sillón… que viene curva. Al menos haga ver que se sorprende.

¿Sabe a quién busca Larry Mortimer? Tiene amnesia, y busca a Gavin Holden. También le interesa saber dónde se esconde su adorada. Quiere matarla, si logra dar con usted. Pero no lo logrará, si yo recibo cincuenta mil dólares. Y usted podrá coger sus patines y trasladarse lejos.

—Creo que es usted él que está patinando, Seldom.

—Tal vez no me consideraría la policía un patinador si le fuese a explicar determinadas rarezas. Podría decirle, por ejemplo, que el sargento Mortimer, que demostró afán de redención, me envió para solicitar de Arthur Crosby su testimonio ante la Ley. Que atestiguara que Gavin Holden fue embaucado por un incógnito «Mecenas», cuya personalidad seguramente conocía Crosby. Un conocimiento que le fue fatal. Y por milímetros no me incluyó en la fatalidad.

—¿Dónde está… él?

—Luchando con sus sospechas, pero a buen recaudo. Me eligió como cerebro, pero sus métodos demasiado directos me hicieron estudiar la conveniencia de operar por mi cuenta. Yo he llegado a una conclusión: Gavin Holden fue engañado como un párvulo. Es curioso, pero estos hombres recios, agresivos, que cuando dan una palabra de lealtad tienen empeño en cumplirla, son campo abonado para seres como el «Mecenas», que por medio del verdadero Mortimer hizo creer a Holden que necesitaba un conductor de «equipo granuja», cuando lo que realmente quería era un «tapacloaca».

—Su léxico es poco comprensible, Seldom —dijo ella suavemente.

—«Tapacloaca» es el que, sin saberlo, carga con toda la responsabilidad si la policía se siente curiosa. Puesto más comprensible, monada. Si los federales entonces cogen el camión, Larry Mortimer hubiera jurado por todos los diablos que lo del «Mecenas» era un invento de Holden, un «terror de granujas».

Hubiera sido Holden el que hubiese cargado con toda la responsabilidad. Creo que va abriendo los ojos. Él no fue a ver patinar, pero podría ir y no sé cuál sería su reacción al verla a usted, simbólicamente, derribar gente, para avanzar sola, triunfante.

—Puede ir a la policía, Seldom.

—De momento no me interesa. Prefiero apurar mi sed de conocimientos. Averiguar, por ejemplo, quién trajo el «Roler» a Frisco, quién capitaliza el negocio, qué clase de marinero frecuentó hace dos años el verdadero Mortimer… o usted… En fin, ya sabe. Meterme en honduras, y vigilar muy de cerca la aparición de cualquier silenciador. Soy todo suyo, Sarah. Buenas noches. No la acompaño escaleras abajo porque la he visto patinar y tiene usted un modo de empujar perfecto.

Ella, en pie, alisó su falda y ajustó su cinto.

—Ha hablado usted de un marinero, Seldom.

—En el engranaje de la banda que transportaba opio, usted daba el alijo a Gavin, pero a usted, ¿quién le daba el alijo? Tengo grandes amistades en los fondos marineros y hampones. Gente que tiene memoria, si yo la ayudo. Confían en mí, y más si les habla de un tal «Mecenas», un ricachón. No lo llame chantaje, monada… Llámelo una póliza de seguro de tranquilidad. Creo que cuando hable con Gene Parkington, estará de acuerdo conmigo.

—¿Gene Parkington? Creo que fue amigo de mi difunto marido. Sí, en efecto, lo fue. Pero murió.

—No me diga…

—Ya que es tan aficionado a la lectura de censos, podrá comprobar que Gene Parkington murió hace cosa de medio año, atropellado con toda normalidad por un coche de servicio público.

—Lo comprobaré. Si es así, el coche realizó un verdadero servicio público a tres personas: a Crosby, fallecido hoy, a usted y a «Mecenas».

Se apartó Seldom de la puerta al acercarse ella, que sonrió aviesamente.

—¿Me teme, pelirrojo?

—Horrores, preciosa. No obstante, esta noche iré a verla patinar, hasta que la vea caer… entre rejas.

Ella salió para cerrar de un portazo poco femenino. Curt Seldom

volvió a reclinarse contra la cerrada puerta.

Era preciso actuar lo más rápidamente posible y ante; que el «Mecenas».

CAPÍTULO XI

Frank Compton asomó sólo la cabeza, apartando una cortina. Su local estaba concurridísimo. Miró al que había provocado la llamada del timbre especial oculto bajo la caja leí mostrador, y pulsado por su hombre de confianza.

Curt Seldom sonrió con simpatía.

—El negocio marcha espléndidamente, Compton.

El exluchador señaló con la cabeza hacia el interior, donde desapareció.

Al fondo estaba su despacho particular. Señaló también con la cabeza un mueble licorera, mientras él extraía una barrita de chicle plateado.

—No me gusta el asunto, Seldom. Pueden acusarme de rapto.

—Tú no eres el cretino bestial que aparentas ser, Compton. ¿Quieres algo más patriótico e inocente que prestar alojamiento a un amnésico asistido por su propia hermana?

—La chica es honorable, pero Holden está durmiendo porque tú le inyectaste morfina.

—Un remedio adecuado y que le entregaron sin receta a Jessica Mortimer, para su hermanito que es todo un héroe, y que se cayó al suelo, en uno de sus vahídos.

—Tiene un trompazo en la nuca, Seldom.

—No me digas… Es lo que pasa cuando uno se cae ¿no? Además, tiene a su lado a su propia hermana.

—Sabes tan bien como yo que éste no es Larry, sino Gavin Holden.

—Tú mismo reconociste ante el sargento Larry, esta tarde, que nunca habías oído hablar de Gavin Holden.

—Supuse que él quería decirme que debía callar. Y a mí, en lo que no me va ni me viene, mudo. Escucha… Tú me has ayudado a veces, anticipándote a la policía. Yo acepté que la chica y Holden se

alojaran de momento en una habitación mía, ya que según ella, a la que tú convenciste, su hermano había sufrido un vahído en plena calle. Pero esto no puede durar. Cuando él despierte, armará un alboroto.

—Despertará tarde, y tiene a su lado la mejor enfermera. Estamos plenamente a cubierto, Compton. Hemos prestado auxilio a un valeroso combatiente.

—Un día te van a fallar todos tus trucos —dijo Compton, pero era evidente que admiraba al truquista.

—Esta vez juego limpio. ¿Le harías asco a un par de miles ganados limpiamente?

Masticando su chicle como un rumiante que medita entre embestir o dormir, que era la actitud sempiterna de Frank Compton, éste replicó:

—El día que tú juegues limpio, será el mismo en que me nombrarán cajero del National Bank.

—Te extrañará, pero estoy jugando limpio, todo a favor de Holden. Era un tipo leal con los de su clase, ¿no? Y lo enredaron miserablemente. Le pasó como a ti con tu combate contra el armenio Habir, ¿recuerdas? ¿No fue una cochinada?

Recordarle su último combate que le valió la expulsión perpetua de los *rings*, era tocar la cuerda sensible de Compton. Gruñó:

—Y que lo diga Fue la cochinada mayor que la historia registra. Al menos tú lo sabes reconocer.

—Pues un caso parecido le ocurrió a Holden.

—Holden nunca subió al *ring*.

—Pero también le dijeron que debía guardar silencio, y creyendo transportar pieles, transportaba opio. Y a ti, creyendo que te tocaba ganar en el segundo asalto, por lo que te dejabas pegar de firme hasta que llegase tu momento, viste de pronto que te habían engañado, y por esto echaste fuera del *ring* al árbitro y a un juez. No supieron caer bien los muy idiotas.

—Un asco, un asco —dijo virtuosamente Compton—. Es mejor no recordarlo. ¿Qué hay de los dos mil de que hablábamos?

—Tu memoria es elefantina, Compton. No te falla. Y tú debes recordar muy bien que por aquí venía Larry Mortimer. Me interesa que escarbes en tus recuerdos si algún marino se entrevistaba con él aquí, en la época en que Holden llevaba camiones con Larry.

—Por aquella época yo sólo era camarero, pero lo que sí recuerdo es que el dueño del local echó con buenos modales a Larry y a un marinero.

—Excelente, excelente. ¿Cómo se llamaba el marinero?

—Ni idea.

—¿Qué pinta tenía?

—¡Pchs!… Uno como tantos otros. Sólo que había algo en él que llamaba la atención. ¿Qué era?

—Llevaría un loro azul —masculló Seldom—. ¿Por qué los echó el dueño?

—Me dijo que aquel marinero hablaba de «humo verde» con Larry Mortimer, y que por esto los echó. No quería saber nada de estupefacientes.

—Opio. Esto es, Compton. Haz memoria… ¿Cómo era aquel marinero?

—Ya maduro. Fuerte, canoso, alto… Eso es. Y tenía una seña… ¿Qué era, demonios? Le vi varias veces por la calle. ¡Toma! Tiene gracia… La tiene.

—¿Qué tiene gracia? —apremió impaciente Seldom.

—La señal de aquel marinero. Era una sirena tatuada.

—Hay cientos de marinos con sirenas tatuadas, Compton.

—Pero no como aquél. Su sirena estaba tatuada dentro de una de sus manos. En la palma. No sé si en la derecha o en la izquierda. Cuando el tipo abría la mano y la cerraba, la sirena se daba un meneo graciosísimo. Bueno, ¿qué hay de los dos mil de que hablábamos?

—Los ganas si dices una mentira.

—Si sólo fuera eso, tú serías millonario.

—Perderás una hora conmigo, viniendo al «Roler».

—Está aquello podrido de policías, desde que esta tarde mataron frente a la salida a un tal Crosby.

—Lo sé. Yo estaba al lado de Crosby, cuando le largaron plomo desde un soplillo con silenciador.

—Ya me figuraba yo que no regalabas el dinero. Comprendo… Quieres que diga que a aquella hora estabas conmigo.

—No. Porque eso ya lo dirá Jessica, si es preciso. Y es más de fiar que tú ante la policía.

—Eso sí.

—Tu trabajo consiste en que le digas a la patinadora Sarah, que te presentaré, y lo dirás cuando yo te lo pida, que el marinero de la sirena en la palma era el colocador del «humo verde», y que tú sabes dónde está.

—No lo sé, ni siquiera cómo se llama.

—Pero ella, si como no dudo, en parte es el engaño que le hicieron a Holden, picará. Y tú cobrarás los dos mil tan pronto yo de con «Mecenas», que podría ser muy bien el marinero.

—Vamos al «Roler». Hace noches que no salgo. ¿Le soplaron a Crosby el plomo por hablar del marinero? Bueno, no importa. Por una vez, la policía es útil metida en el «Roler».

—Eso es. Tú lo has dicho. Por una vez será útil. ¿Quién dispara aunque sea con silenciador, habiendo nubes de policías por allí?

No había nubes de policías, pero sí una discreta vigilancia, ya que continuaban los interrogatorios, sin que por ello el espectáculo se interrumpiera.

Seldom y Compton se instalaron en un pequeño palco, En la pista de madera corrían en sus vueltas de toma de velocidad el equipo «Westerner», capitaneado por Sarah Viggot, y en el que iba a ser *jamleader* la deliciosa Sonia Lassen.

Frank Compton siguió interesado las evoluciones, devolviendo en silencio el saludo del que acababa de entrar se sentaba de perfil a la pista, de frente a Seldom, tomando por apoyo de sus brazos el respaldo de la silla.

—¿Qué tal, Seldom? —inquirió amablemente el recién llegado.

Un hombre rechoncho, macizo, de peludas cejas y chata nariz.

—Ya lo ve, Adams. Gozando de un poco de honesta diversión.

—Ya… —replicó el capitán Adams, de la Brigada de Homicidios de Sunset District—. Tiene usted, como siempre, el cabello muy precioso.

—No me lo tome, Adams.

—Eso quiero yo, que no me lo tome a mí. Le recomendaría un tinte. ¿Es aficionado al «Roler»?

—Regular. Esta misma tarde vine.

—Ah… ¿Reconoce haber estado aquí esta tarde?

—Como uno más de tantos pacíficos y honestos ciudadanos.

—Ya… Ahora recuerdo que una patinadora ha comentado algo acerca de un pelirrojo con cara de truhan filosófico y guasón.

—No sé qué tengo, pero las enamoro.

Se levantó el capitán Adams.

—No le importará venir al despacho del promotor, ¿eh?

—De ningún modo, capitán; de ningún modo. Espérame, Frank.

El capitán Adams miró a Compton y dijo:

—Si acaso tarda mucho en volver su amigo Seldom no se inquiete, porque quedará en buena compañía.

Al término de un pasillo del primer piso, y antes de detenerse ante una puerta, dijo Adams:

—El promotor me ha cedido su despacho. Se está cómodo.

Empujó la puerta, y fue a sentarse tras una larga mesa. Señaló al individuo que estaba sentado con un bloc sobre la rodilla.

—Un taquígrafo. Pero no le haga caso, Seldom. Póngase cómodo. Lea la declaración de Sarah Viggot, en sus puntos esenciales, Leslie.

El taquígrafo hizo correr varias páginas y leyó:

> «Declara que Crosby la envió en busca de un pelirrojo espectador para que acudiese a su camerino, y que ella obedeció, pero no sabe qué fue lo hablado entre Crosby y el desconocido pelirrojo, porque los dos quedaron a solas en su camerino».

—Puede tratarse de algún otro pelirrojo, ¿no, Seldom?

—Éste no. Éste era yo.

—Ya… ¿Ha oído hablar referente a prestar ayuda a los investigadores?

—Mucho. Y bien sabe que siempre estoy dispuesto a colaborar.

—Ya… Como no puedo interrogar a Crosby, tendrá que contentarme con lo que usted me diga acerca de lo que hablaron y para qué le solicitó Crosby, minutos antes de ser baleado. Tome usted nota, Leslie.

El lápiz permaneció a escasa distancia del papel. Curt Seldom extendió la diestra como si se dispusiera a jurar.

—Yo no quiero que me retiren la licencia, capitán, Pero, desgraciadamente, me atribuyen una fama perjudicial.

—Al grano, Seldom.

—Mi deber hubiera sido acudir enseguida, pero no estaba en condiciones físicas. Tengo un balazo en el bíceps izquierdo. Me hice

la cura y fue dolorosa. Cuando me encontré en condiciones, decidí acudir al «Roler», y por cierto me encontré en mi camino a Compton, el dueño del «Dingo», que también venía aquí, y le dije que tenía que hacer unas declaraciones acerca del suceso.

—Luego le miraré el brazo. Al menos, eso no lo puede inventar.

—Soy la verdad personificada y nada más que la verdad. Estaba yo viendo a las patinadoras cuando se me acercó una espléndida morena y me dijo que un caballero solicitaba verme en un camerino. Fui.

—¿De qué conocía a Sarah Viggot y a Crosby?

—De nada. A ella la había visto patinar, y a él le conocí por vez primera al entrar en el camerino. He de ser rabiosamente sincero. El tal Crosby, de buenas a primeras, me dijo que sabía que yo era un detective privado no muy escrupuloso. Me ofendí, pero él me dijo que me necesitaba como guardaespaldas. Que no podía explicarme de qué se trataba hasta no salir del local. Que le aguardase fuera en mi coche.

—¿Tiene usted coche? —inquirió Adams con fingida sospecha.

—Lo alquilé. Un «Chrysler» gris, dos plazas. Me dijo.

Crosby que tenía la seguridad de que estaban aguardándole cerca de su propio coche. Que no podía acudir a la policía, y que me pagaría a razón de diez dólares la hora, y mil si yo lograba hacer detener, sin complicaciones para él, a los que le esperaban. No dijo más. Acepté. Era turbio el asunto, pero contra la Ley no había nada hasta el momento.

—Ya. Llame al señor Viggot, Leslie.

El federal taquígrafo se levantó. Curt Seldom tenía un gran dominio de sus reflejos. No demostró la sorpresa que le había causado la mención de un «señor Viggot».

Salía el taquígrafo y expuso Adams:

—Viggot es el promotor y dueño de este despacho…

Entonces, usted fue a esperar en su alquilado coche gris a Crosby. ¿Y qué más?

—Se acercaba Crosby, cuando el clásico chupinazo de un silenciador llegó mis oídos y vi a Crosby tambalearse. Soy un ciudadano cumplidor de mis deberes, pero no se me puede reprochar nada si al oír los chupinazos y sentirme herido, traté de escapar lo más aprisa posible. Llegué a mi despacho, donde no

estaba mi secretaria. Me curé como pude, y me desmayé.

—No siga, porque voy a llorar, Seldom. Enséñeme el brazo.

No era fingida la dificultad con la que Seldom se quitó la gabardina. Le ayudó Adams a quitarse la americana y la camisa. Examinó el vendaje de tiras de toalla y levantó el apósito.

—Indudablemente es reciente, y pudo ser una bala.

—Ésta. La recogí del suelo, cuando recuperé el sentido. Me la extraje con mi cuchillo.

—¿Por qué no fue a un médico? —preguntó Adams, que tras mirar el pequeño plomo, lo introdujo en un sobre.

—En aquellos momentos era el miedo mi consejero. En mi despacho me sentí seguro para dormir un poco. Tenía vahídos, la cabeza me daba vueltas. Y ya descansado, vine aquí, donde estaba seguro de que podría ser útil, prestando mi declaración ante la Ley.

—Fui yo a buscarle, Seldom.

—Pero si acaba de llegar, capitán… Y yo era el que estaba buscando a algún colega conocido.

—¿Colega?

—Los dos estamos al servicio de la Ley, capitán.

—No me haga reír, pues me sienta mal después de cenar. De momento, todo lo que dice parece creíble. La lástima es que le pasa a usted como al pastor de la fábula. Miente con tanta sinceridad, que el día que sea sincero… Adelante, señor Viggot.

Entró con Leslie un individuo alto, fornido, de muy negros cabellos. Vestía de azul y destacaban en el bronceado rostro los claros ojos.

Curt Seldom fue vistiéndose con deliberada lentitud.

—¿Conoce usted a este señor? —inquirió Adams, señalando a Seldom.

—No, capitán. Pero debe ser el detective de que me ha hablado mi hermana.

—Al parecer, el detective Seldom fue requerido por Crosby, para que le librara de un peligro, dimanante de alguien o algunos, que le estaban esperando cerca de su coche, y a esto se debe la presencia de un «Chrysler» gris de dos plazas, ante la salida, y que arrancó al caer mortalmente herido Crosby. No fue, pues, del «Chrysler» de donde partieron los disparos, puesto que lo guiaba el detective Seldom, en cuyo brazo izquierdo se alojó una de las balas

destinadas a Crosby… o a él mismo. ¿No le confió ningún temor su amigo Crosby, señor Viggot?

—Nada en absoluto.

—Llame a la señorita Lassen, Leslie. Es la novia de Crosby. ¿Lo sabía, Seldom?

—He leído la Prensa, viniendo hacia aquí.

—Ya… Resulta un poco extraño que Crosby no se confiara a su novia ni a su amigo, sino a un detective.

—No se confió a mí, capitán. Se limitó a alquilarme como guardaespaldas, prometiéndome contarme todo el asunto apenas estuviéramos fuera del local. De todos modos, quizá el señor Viggot recuerde algo acerca de un tal «Mecenas».

William Viggot cogió un poco el estómago, como el buen boxeador que encaja un repentino derechazo. Miró al detective privado.

—¿Mecenas? ¿A qué se refiere, señor Seldom?

—Lo único que podría tener algún significado en lo que me dijo Crosby, en el camerino, fue que procedía de Mecenas. Puede ser alguna ciudad del triángulo egipcio al sur de Illinois, dónde están Cairo, Theba y Memphis aún más al sur.

—Que yo recuerde, nunca oí al desdichado Crosby citar dicha ciudad.

—Ni yo conozco ninguna Mecenas en los Estados —terció Adams.

Entró Sonia Lassen con una bata deportiva sobre su atuendo. Llevaba aún el casco protector.

—Este señor es el detective Seldom, señorita Lassen. Al parecer fue requerido por su novio, para que le protegiera de un ataque que, según parece, debía partir de alguien o de algún sitio llamado Mecenas. ¿Oyó alguna vez citar este nombre a su novio, señorita Lassen?

—Nunca —contestó ella terminantemente, evitando mirar a Seldom.

El capitán Adams pareció pensar en voz alta al decir:

—Un testigo que pasaba por la otra acera, declaró que había visto salir fogonazos de una ventana del primer piso. La ventana que él señaló corresponde a los lavabos, y había esta tarde, según el billetaje vendido, trescientos once espectadores a la hora en que

murió Crosby. Casi una suerte —añadió con sarcasmo—. Por la tarde, el local no se llena hasta las siete. El que disparó ocupaba uno de los pisos altos, o subió de abajo.

Recogió su gabardina y sombrero.

—Buenas noches. Mañana a las diez, en mi despacho nos veremos, Seldom. Leslie le traerá la lista de los que deberán prestar declaración, señor Viggot.

El oficial abandonó el despacho, seguido por Leslie. Fue Seldom a cerrar la puerta y comentó:

—Es un zorro de cuidado el capitán Adams.

—¿Me necesita para algo, William?

El promotor denegó con la cabeza a la pregunta de Sonia Lassen, que se dispuso a irse. Al pasar ante Seldom murmuró:

—Mañana diré todo lo que ahora me calle, Seldom.

—Muy buenas noches, señorita Lassen. Mañana a las nueve pasaré a visitarla, señorita Lassen. Creo que podré darle noticias exactas que la tranquilizarán en cierto modo, porque la moraleja de que el crimen nunca rinde, es rotundamente cierta.

Sonia Lassen salió, y de nuevo ofició Seldom de portero. Ahora era William Viggot el que se sentaba tras la mesa y ocupaba el sillón abandonado poco antes por el capitán Adams. Curt Seldom fue a sentarse en el borde de la mesa, de lado.

—Desagradable este asunto, Viggot. Pero será una buena publicidad durante unos días, y gente que nunca ha venido, vendrá para ver el lugar del crimen callejero. ¿Tiene algo que decirme, Viggot?

—Cuanto he dicho a la policía. Ignoro en absoluto quién pudo tener motivos para asesinar tan cobardemente a Arthur Crosby.

—Privadamente, puedo confiarle un secreto, Viggot. ¿Desea oírlo?

—Todo lo que contribuya a detener al asesino, me interesa.

Curt Seldom abandonó su provisional asiento. Guiñó un ojo:

—Buenas noches, señor Viggot.

—Un momento… ¿No hablaba usted de confiarme algo?

—Mañana a las nueve de la mañana. Dígaselo así a Sarah. Ella comprenderá…

Cerca ya de la puerta, sin perder de vista a William Viggot, añadió Seldom:

—Se refiere a dos desconocidos, que pueden ser un solo personaje. Tiene usted el cutis muy bronceado, señor Viggot. Un marinero listo, que lo seguirá siendo si convence a Sarah, ex Teresa Holden. Buenas noches, señor Viggot. Puede verme cuando quiera en casa de mi principal testigo, Frank Compton, dueño del «Dingo», a partir de ahora, y sin dormir, hasta mañana, en que iré a visitar al capitán Adams. Y pensaré también en teñirme el cabello.

William Viggot permanecía sentado, rígido, contraído el estómago, y a plano las dos manos sobre los brazos del sillón.

Curt Seldom, salió de perfil, caminando algo grotescamente. Cerró desde fuera con un tirón, y comentó:

—Un feo vicio el escuchar tras las puertas, monada.

Sarah Viggot permaneció inmóvil, hundidas las manos en los bolsillos de su abrigo. Habló roncamente:

—Mi hermano no lleva ningún tatuaje marinero, ni nunca ha navegado. Está usted plenamente equivocado, Seldom. Larry le ha engañado a usted, porque fue de veras mi marido Gavin el que se quemó con el camión. Y ahora Larry quiere hacernos chantaje. ¿Ha mirado usted por casualidad la palma de Joe Mortimer?

—No me diga…

—Lo podrá comprobar cuando la policía lo detenga por facilitar la labor de un chantajista. Hubiera preferido no explicar a la policía que Gavin me hacía tomar parte en un contrabando de pieles. Que por eso huí de su lado. Y ahora Larry pretende explotar mi pasado, porque mi hermano y yo nos hemos enriquecido.

—Cuéntemelo todo en el «Dingo». Trate de demostrarme que su hermano William no es el marinero que fue también el supuesto «Mecenas». Pero p ara convencerme traiga cincuenta mil dólares. Hasta luego, monada.

Ella no hizo el menor gesto amenazador ni de retención hacia el pelirrojo detective.

En el palco, Frank Compton miraba críticamente, *sir* interés, las brutales caídas y veloces escapadas de los patinadores masculinos.

—Vámonos, Frank. He puesto ya el detonante y el barril puede estallar.

Aprovecharon para salir uno de los descansos, mezclándose a los que abandonaban el local o entraban. Corriendo alcanzaron un autobús, en cuyo piso alto, desierto, dijo Compton:

—No entiendo todo este tejemaneje, Seldom.

—No tardarás en comprenderlo todo. Me admirarás, amigo Compton.

—¿Has averiguado ya quién mató a Crosby?

—El testimonio de Crosby podía echar por tierra la fortuna de Mecenas y éste lo mató. Cuando vengan Teresa y su hermano, todo quedará en regla. Si pagan, callo. Y ahora déjame meditar para poner cada cosa en su lugar.

Antes de trasponer el umbral de su café, preguntó Compton:

—¿Has contado con la reacción del soldado cuando despierte?

—Si despierta…

Poco después, abriendo una puerta, masculló Compton:

—¡Resuelve esto, sabelotodo! ¡Tu dormilón y su nena han volado!

En la habitación donde antes estaba bajo los efectos de la morfina Gavin Holden, y a su lado esperaba Jessica Mortimer, no había nadie. Sólo un papel colgando de la cabecera, atravesando la perilla de luz.

> «Es preferible no molestar al señor Compton. He trasladado a Larry, con ayuda de mi padre y en su coche, a su oficina, señor Seldom».

—¡Maldición! —imprecó Seldom—. Nunca te fíes de una mujer, Compton. Voy allá y despacharé a Joe Mortimer hacia su establo. Si viene Sarah y lleva el dinero, hazme un favor… Acompáñala a mi oficina. No dormiré en toda la noche, esperando, hasta las nueve de la mañana.

CAPÍTULO XII

Eran las doce de la noche. En el despacho, envuelto en una manta y una sucia colcha sobre un raído diván, Gavin Holden respiraba acompasadamente.

Curt Seldom mantenía abierta la puerta del despacho, paseando por la antesala. En mangas de camisa, ostensible la funda pistolera, tenía un aire natural de truculencia.

Un gran pañuelo azul le servía de cabestrillo para el brazo izquierdo.

Cesó en sus pasos, retrocediendo hasta la puerta del despacho, cuando oyó pisadas cercanas.

Apareció Sarah Viggot y, tras ella, Frank Compton.

—Celebro que haya sido razonable, monada. Cierra la puerta, Frank. Es muy confidencial la charla que vamos a sostener Sarah y yo.

Cerró Compton y avanzó ella, mientras Seldom se instalaba en su sillón, tendiendo las piernas para colocarlas sobre la mesa.

—Seamos breves, Sarah.

Ella miró con inquietud al que dormía.

—No hay temor. Lleva morfina para dormir veinticuatro horas. Conseguí alejar a Jessica, que ha vuelto con Joe a la granja. Han dejado el asunto en buenas manos confiando en mí plenamente. ¿Trae usted el argumento decisivo, Sarah?

Ella arrojó sobre la mesa un paquete cuyo envoltorio era una hoja de periódico.

—Sólo hay veinticinco mil, Seldom. El resto cuando haya embarcado hacía… donde sea, a este hombre. Puede contar.

—¿Los billetes o lo que sé?

Rebullóse un poco Gavin Holden, y Teresa Holden saltó en respingo temeroso.

—Aun los que están con soporífero, se remueven en su sueño.

Oye, Frank, me ha dicho Jessica que le diste una ampollita doble.

—Era poca la dosis primera y no quería líos en mi casa —dijo bruscamente el dueño del «Dingo».

—Bien hecho. Bien, ya está todo en regla. Apartaré tus dos mil prometidos, Compton, y buenas noches, monada.

—No basta… Hemos de tener la certeza de que este hombre no nos importunará.

Curt Seldom sonrió. Sus ojos tenían una fosforescencia felina, mientras introducía en el cabestrillo el fajo de billetes.

—Explícaselo, Frank… Díselo a ella, que ya nunca más volverá a molestar Gavin Holden.

—¿Yo? ¿Qué sé yo de todos tus líos?

—Dele un beso a su marido, Teresa. El beso frío de la despedida. Y puede ir en busca del resto. Yo cargaré con el muerto. «Mecenas» eliminó sabiamente a un comprometedor testigo.

Ella, sentándose, murmuró:

—¿Qué está diciendo, Seldom?

—Gavin tiene en sus venas un exceso de cardiotónico.

Era lo que contenía la ampolla que recibió Jessica. ¿No lo Sabía, Teresa? No, no lo sabía. Esto casi lo aseguraría, pero en cambio sí sabía que Gavin llevaba opio en su camión.

—¡Mi hermano nada sabe, se lo juro! —clamó ella, algo incoherente—. Y tampoco yo quería que Gavin muriera… ¡Es horrible todo esto!

—Tarde es para patetismo, Teresa. ¿Por qué me miras tan poco amigablemente, Compton?

El exluchador, bajo el dintel de la puerta, se encogió de hombros.

—Ni pincho ni corto en todo esto, piel roja.

—Éste es tu talento. Parece que no pinchas ni cortas, «Mecenas».

Frank Compton mostró los incisivos en sonrisa bestialmente despectiva:

—Si es chiste, busca otro mejor.

—Lo que no es chiste, es que apenas termine mi exposición talentuda, os podéis ir muy lejos de California, porque al despertar este heroico camorrista os hará trizas donde os encuentre. ¿Cómo podía yo saber que era un fuerte cardiotónico lo que contenía la doble ampolla, si no me la hubiera entregado Jessica? Reflexiona,

Compton. Y medita también que dentro del cabestrillo, además de los billetes, premio a mi labor, hay un pistolón… No, no me interesan los cadáveres de bestias como tú, que saben disimular tan bien su astucia. Pero te falló conmigo. Conque un marinero y una sirena tatuada, ¿eh? Y que iba gritando por doquier que tenía «humo verde», ¿eh? El marinero lo inventaste para embarcarme y darme mareo.

Frank Compton volvió a encogerse de hombros, mientras Teresa Holden parecía fascinada por el hombre que dormía.

—Tuve un extraño presentimiento, una de esas intuiciones fulgurantes que obligan a ver las cosas bajo prisma diferente al inicial. ¿Por qué Crosby daba por seguro que, a su regreso, Mortimer iría al «Dingo»? No porque lo iba a llevar yo, no. La explicación es sencilla. Si bien retrataron al cabo y al sargento Mortimer, no aparecieron sus fotos en la «Gazett». Lo he comprobado. Era, pues, a Larry Mortimer al que esperabais. Y él iría al «Dingo». A verte. ¿Por qué? Y también pensé en tu profundo asombro al verte ante Gavin Holden. Y por último, al yo pensar en un marinero que trajese el opio, pensé que no necesitaba montar todo aquel tinglado. No, no… El tinglado de los camiones fue solamente para encontrar el «tapabocas». Sería Holden el que cargaría con todas las responsabilidades.

»Tú tenías el alijo, pero no podías distribuirlo. Lo hicieron Mortimer, Crosby y Parkington. Y remontando en la historia del pasado, hay fotos de tus combates que seducían a damitas histéricas. En primera fila, Teresa… Y tú con ella, retratados en clubs nocturnos. El resto era fácil de deducir. Larry sirvió de tercerón, engañando miserablemente a Gavin. El opio sería distribuido, y si los federales entrasen en sospechas, sería Gavin quién se la cargaría, y cuando empezaron las sospechas, escribió ella a Gavin como una esposa desesperada. Y se fue.

»En Nueva York, su hermano aceptó el capital que ella aportaba… Nueva vida. Y vosotros creyendo que Larry había huido asustado, enrolándose en los voluntarios, esperando su muerte heroica. Su regreso era una broma pesada, ¿verdad, Compton? Y Crosby era un flojo, que se asustaba fácilmente. Y yo un granuja, que ayudaría a Holden. Era preciso eliminar a Crosby. Después que lo hiciste, tranquilizaste a Teresa. Siempre seguiría ella siendo la

honesta esposa que abandonó a un marido perverso. Y a quien le cargarían "el muerto"… —Miró a la mujer y dijo—: ¿Convenciste a tu hermano de que yo era un imaginativo, monada?

Ella asintió en silencio. Se levantó:

—Me iré, Seldom. No quiero que este hombre sufra ningún daño. ¿Me has oído, Frank? Vámonos…

—Tanta delicadeza me enternece, señora Holden —ironizó una voz—. Por suerte, tu exesposo sabe ya la clase de mujerzuela que eres… ¡Corre, Compton!… ¡Corre, Teresa!… ¡Un muerto que resucita!

La regocijada expresión de Seldom era impresionante, contrastando con la fría furia plasmada en el semblante del que, apartando manta y colcha, se incorporaba lentamente en el diván, posesos los ojos en una demoníaca luz vengativa.

Frank Compton vio el arma que oscilaba en la diestra de Seldom, siempre sentado.

Teresa Holden corrió frenéticamente hacia la antesala. Frank Compton la siguió con zancada veloz.

—El enemigo se retira, sargento Mortimer. ¡Sus y a ellos!

Por la escalera, a saltos, Compton llegó al umbral, mientras tras él gritaba Teresa Holden:

—¡Frank, Frank!

En lo alto de la escalera, Gavin Holden, crispados los puños, inició el descenso, sin prisa, con inexorable frialdad.

Curt Seldom terminaba de abrochar su gabardina.

—Era de suponer —comentó, viendo cómo precipitadamente entraban los dos en el viejo «Mercury» dejado por Jessica Mortimer.

Antes de arrancar, oyó aún Frank Compton:

—¡Los cogeremos, sargento Mortimer!

El «Mercury» trepidó alejándose por la estrecha calle. Corrió Holden, y tras él Seldom, cuyo rostro continuaba siendo una máscara de complacida malignidad.

Penetraron los dos en un taxi, y apremió Holden:

—Sigue aquel coche, pronto.

El «Mercury» distaba un centenar de metros en la recta de Pacific Street.

—He sido hasta ahora un juguete a tu albedrío, Seldom, y resolviste el enigma. Obedecí tu petición, y me limité a escuchar.

Me costó mucho. Ahora, cuando les demos alcance, no te interpongas…

—No lo haré, pero espera a estar fuera de la ciudad. ¡Chofer! Sígueles de cerca, pero sin forzar el motor, hasta que no estemos en campo libre. Y no te inquietes. Servicio de policía.

El «Mercury» tomaba la orientación sur.

—El pánico ha surtido sus provechosos efectos, sargento Mortimer. Está conduciendo como un loco ese bestia. Pero tendrá que frenar en la carretera de Santa Clara. Esto es lo bueno de nuestra ciudad, sargento Mortimer. En cualquiera de sus salidas, por su posición, hay bajadas, y los frenos deben actuar. Les daremos alcance.

El «Mercury» remontaba la Twin Peaks, y siguió diciendo Seldom:

—Sin acelerar, chofer. Hemos de darles alcance fuera de la ciudad, Acércate más, hasta darles foco en el piloto. Ella está como loca… Serán remordimientos tardíos, o puro pánico. Y él sólo piensa en escapar ahora y ver después el modo de quitarnos de en medio. Un bestia.

El «Mercury» coronó la cima, para empezar el descenso de la carretera de las Twin Peaks, que presentaba una inclinada pendiente en su confluencia con la carretera de Santa Clara.

Tenso el cuerpo, Gavin Holden apremió:

—¡Acelera!

El chofer, al coronar la cima, protestó:

—¡Ni hablar, por más policías que sean! Bajar como lo está haciendo el loco ese de delante es… ¡Fíjense!

En la recta pendiente de pronunciada rampa, el «Mercury» bajaba a vertiginosa velocidad, zigzagueando su tren posterior.

—¡Le fallan los frenos! ¡Se van a estrellar! —clamó el chofer del taxi, que frenaba con alarmado temor.

Un motorista del tráfico surgió de un cruce.

Algún transeúnte se detuvo, gesticulando.

En trágica desnivelación, derrapando en patinazos silbantes, sin frenos, el «Mercury» chocó primero con una rueda posterior contra el bordillo, al intentar virar a una calle lateral.

Se atravesó casi en la carretera de aguda pendiente, reanudando su redoblada velocidad, de lado, en voltereta impresionante,

derribando un banco, y enfiló violentamente la acera para empotrarse de pleno contra una fachada.

Pareció querer ascender, y una llamarada brotó del depósito.

El chofer del taxi paró en la calle adyacente, y sus ocupantes se apearon. Un segundo motorista de tráfico salió de otra calle y se acercó al primero. Juntos, sin las máquinas, corrieron hacia el siniestrado coche.

—Le molestarán con testimonios, amigo —dijo Seldom al chofer, tendiéndole un billete y mostrando a la vez un carnet, que el taxista no leyó.

Estaba pálido y murmuró:

—Gracias. Ha sido espantoso… Tardaré unos días en volver a coger el volante. Necesito un trago. Adiós, señores.

Los dos motoristas empleaban el apagafuegos. Uno de ellos ordenaba:

—¡No se acerque no se acerquen! Telefonee cualquiera al 36, doble urgencia…

El otro dejó de presionar el émbolo. Chirriaba, apagándose, el fuego. Masculló:

—Están hechos papilla. Otra consecuencia de no revisar los frenos… Están secos. Verás como tengo razón.

Curt Seldom tocó en el brazo a Gavin Holden.

—Vámonos, sargento Mortimer. Esto se ha acabado. Dócilmente obedeció Holden, reemprendiendo cuesta arriba aquella pendiente que había sido fatal para Frank Compton y Sarah Viggot.

—Ya terminó la banda completa, sargento Mortimer… Todo cenizas… La humana justicia nada tiene que ver ya con esto. Debe usted volver a la granja, sargento Mortimer. Yo me entenderé con el capitán Adams, si quiere preguntarme algo. ¿Llamo a un taxi, sargento Mortimer?

Asintió Gavin Holden. Había visto morir a mucha gente, pero la muerte de una mujer a la que ignoraba si persiguió para implorar o para matar, le sumía en hondo estupor.

Entró en el taxi y fue Seldom el que dio la dirección de la granja de Pinar Nevado, añadiendo:

—Mañana le visitaré, a primera hora, sargento Mortimer. Creo que dormiré poco.

En otro taxi se dirigió Seldom a su oficina. Una vez en el lavabo,

rebuscó hasta encontrar la toalla con la que se había limpiado las manos, antes de que le visitaran Teresa Holden y Frank Compton.

Estaba llena de estrías de grasa. Pensó, asombrado, en lo difícil que resultaba quitarse aceite de frenos si no se empleaba gasolina. Roció con el resto de gasolina la toalla y prendió fuego.

—Cenizas, todo cenizas —masculló—. Supuse que sólo huirías tú, Compton. Y que hubiera sido fácil convencer a Teresa para que todos ignorasen el regreso de Gavin Holden, dejando que siguiera la redención del sargento Mortimer. No siempre las cosas salen como uno se propone.

Marcó un número de teléfono. Le replicaron que el capitán Adams no estaba en comisaría.

—Búsquenle y díganle que es urgente se entreviste con el detective Seldom. He encontrado ya al asesino de Crosby, pero ha huido en dirección sur.

Colgó, para marcar otro número.

Allí esperaban ansiosamente:

—¿Es usted, señor Seldom?

—El mismo, Jessica. Va hacia allí el sargento. Mímele… Puede cogerle aprecio a su grado. Iré a verles mañana a primera hora.

Colgó el auricular, y satisfecho se mojó el pulgar.

Deslizábanse crujiendo los billetes.

—Hacer el bien, sin mirar a quién, y ser recompensado efectivamente es consolador.

Sonó el teléfono. Se dispuso a escuchar:

—Al parche. Agencia Seldom.

—He intentado repetidamente telefonearle desde que, en vano, he querido encontrar a mi hermana.

—Mal asunto, señor Viggot. Usted lo ignoraba, pero su hermana, con un tal Compton y Crosby, formaron hace dos años y medio una banda de traficantes. Murió Holden y murió Parkington. Tengo que denunciar lo que sé al capitán Adams. Lo siento… Entrevístese con el capitán Adams, porque su hermana y Compton han huido.

Dejó el teléfono mirando con solemne expresión al que entraba.

—No he perdido la noche, capitán. Instálese cómodamente. Vino a visitarme esta tarde un heroico sargento llamado Larry Mortimer, medalla al mérito personal de valor demostrado. Tenía leve amnesia, y deseaba saber si yo conocía a un tal Compton.

«En el frente, un soldado le había contado que el tal Compton traficaba en opio con unos tales Parkington y Crosby; dirigía la banda, creyendo que se trataba de contrabando de pieles, un tal Gavin Holden, que murió aplastado bajo un camión ardiendo. Ésta es la versión escrita que tomó Jessica Mortimer, ante mí, y que le reproduzco verbalmente, porque lo he sabido con certeza hace unos instantes, cuando al citar a Compton y a una tal Sarah Viggot, exesposa del difunto Holden, tuve que esgrimir mi arma…

»Huyó Compton con ella, y suyos son, capitán. Se llevaron el único coche de que disponía. Un viejo "Mercury" que me dejó aquí Jessica Mortimer, la hermana del héroe».

Adams cogió el teléfono y marcó dos números.

Notificó:

—Ordenando la captura de Frank Compton y Sarah Viggot, que tratan de huir en un «Mercury», modelo antiguo, matriculado a nombre de Mortimer.

Tapó la boquilla, mirando a Seldom, que explicaba:

—Compton mató a Crosby, por temor de que éste los delatara.

Adams notificó por teléfono:

—Acusados de tráfico de drogas, y sospechosos de asesinato en la persona de Arthur Crosby. Comunique urgente a todos los puestos situados en un radio de cien millas.

Colgó el aparato y fue tomando nota de cuanto le explicaba, a su modo, Curt Seldom.

Quedaba muy claro, y comentó al cerrar su bloc:

—¿Por qué no acudió a nosotros apenas le habló el sargento Mortimer?

—Llevaba un certificado de amnésico. Quise comprobar si había veracidad en lo que contaba. Hice un experimento con William Viggot, y comprobé que realmente ignoraba la verdad sobre la viuda de Holden.

—Es extraño, Seldom, que no intentara sacar provecho con Compton de lo que sabía.

—Estaba de por medio un honorable héroe, y además, me complace demostrarle que la fama es injusta conmigo. Soy listo, pero no abuso, capitán.

—Así sea. Tan pronto atrapemos a Compton y a la mujer, le avisaré.

—Estoy muy fatigado, capitán.

—En realidad, su testimonio puede deponerlo mañana. Descanse, Seldom. Y por esta vez, celebro que no se haya pasado de listo.

—Sé con quién me juego la licencia, capitán. Buenas noches.

Sonia Lassen intentaba dormir. El teléfono repiqueteó en su mesita.

—Al habla Seldom. Leerá en los periódicos la trágica muerte de Sarah Viggot. Murió en accidente de coche. Conducía Compton, el que mató a Crosby. Asunto viejo de tráfico de drogas. Se ha descubierto gracias a la declaración que me hizo. El sargento Mortimer opina que es usted adorable y puro oro de ley. Volveré a llamarla, monada.

Gavin Holden asentía. El viejo Mortimer parecía haber perdido todo su temor.

—Es lo mejor, Larry. Si mi hijo te engañó, cara pagó su culpa. Tú honras nuestro apellido. Vida nueva, Larry. No te vendimos una identidad como creías. Preferimos no ensuciar el nombre… del que había muerto.

Gavin Holden volvió a asentir, levantándose:

—Tienen razón. Es cierto lo que dice Jessica… A nadie beneficiaría que yo volviera a ser el hampón Holden. Volveré a enrolarme.

Cuando apareció Seldom, conduciendo un «Ford» pagado en su primer plazo, Gavin Holden hizo dos gestos torpes. Palmotear el hombro de Joe Mortimer y acariciar la mejilla de la aún asustada tía Rosa.

Después titubeó ante Jessica, la cual adelantó el rostro. Fue fraternal el beso.

En el coche, se instaló Holden. Lucía de nuevo el uniforme.

—Un día espléndido, sargento Mortimer. ¿Adónde le llevo, después de declarar ante el capitán Adams, según la versión escrita en poder de Jessica, que supongo habrá ya asimilado?

—A cualquier parte. Me da igual.

—Me ha telefoneado Sonia. Dice que es usted un muchacho «oro puro». Y está agradecida, le evitó usted casarse con un maleante.

—¿No lo soy yo?

—Usted es el sargento Mortimer.

—Escuche, Seldom… No sé todavía si es usted un granuja o no… Recuerdo que en el taxi hizo un comentario sobre frenos…

—No sea mal pensado, por favor. No tengo la soberbia de remplazar la humana justicia, con sus fallos… Fallaron los frenos, eso es todo. La mano del Destino, que le permite disponer de una familia y de un heroico presente. Le envidio… Es una monada Sonia Lassen, y con doce mil quinientos dólares se puede montar un negocio sano. Transporte, por ejemplo. Puro y honrado transporte.

—No dispongo de este dinero.

—Yo sé lo presto, sargento. Me lo devolverá con un uno por ciento de interés. No diga nada… Todo son cenizas del pasado. Edifique su porvenir… ¿Y no recuerda lo que dijo Sonia? Estaba harta de patinar.

—Buenos días, fea —sonrió eufórico Seldom.

La palmada resonó compacta, y ella protestó.

—Pueden vernos.

—Bésame, fea. Y toma este billete. Déjame en paz durante un año, acerca de sueldos y demás. He convertido a un héroe vulgar en un héroe sublime. El sargento Mortimer no vuelve a la guerra… pero se casará. No cabe duda. Ni me han visto al irme… Ella le preguntaba si le gustaban los niños, y, ¿sabes lo que contestó él? Que una mujer como ella no debía patinar. Al saco. Cierra la puerta, monada. La Agencia Seldom descansa. Rapidez y eficacia… Tira el chicle, monada, que me sobra dinero para comprar uno propio.

FIN



EDITORIAL BRUGUERA. S. A.

MORA LA NUEVA, 2 - BARCELONA (España)

PRECIO EN ESPAÑA: 9 ptas. • Impreso en España - Printed in Spain